ACONSEJANDO A PAREJAS CON PROBLEMAS

Dr. Alberto R. Treiyer

Estos mensajes fueron enviados a una red cibernética pastoral en respuesta a una solicitud de un pastor joven español, quien deseaba tener orientación sobre cómo aconsejar parejas con problemas (2006). El pedido fue el siguiente:

“Queridos compañeros:

“Quiero pedirlos ayuda en un asunto delicado. Estoy intentando convencer a una pareja joven de no separarse. Tienen un niño pequeño y parece que es lo único que todavía los mantiene juntos. Según ellos, ya no hay nada entre los dos exceptuando las peleas diarias. Me gustaría conocer algún testimonio de como soléis tratar estos casos (bastante frecuentes hoy en día) o algún consejo sobre una posible terapia. Se que es solamente el Señor el que lo puede solucionar pero creo que nosotros también tendríamos que poner nuestro granito de arena. Algunos de vosotros tenéis bastante experiencia en este campo por lo cual espero vuestros consejos”.

1. Aconsejando a parejas con problemas

Tengo como unos sietes casos equivalentes. En algunos no sé si, al tratar de mantenerlos juntos, estoy cortando la cola del perro de a pedacitos. Aún así, ése es nuestro deber, a pesar de que la consejería pastoral en este país (USA), basada en la psicología moderna, el primer paso que suelen recomendar es la separación y, después, por separado, si se puede, que se junten. En un caso la mujer se le fue a la Florida, y por teléfono estuvimos hablando con ella (al principio no quería). Hace dos semanas volvieron a juntarse.

Lo que hago es lo siguiente: Mi esposa conversa por separado con la mujer, y yo converso por separado con el hombre. Luego conversamos juntos en otra sesión. Hasta ahora nos ha estado dando resultados, sin que se eliminen necesariamente todos los problemas. Pero encuentran mayores razones para sobrellevarse.

En un caso el marido me dice que su mujer miente con respecto a él de una manera increíble. Es un buen muchacho. Ella difícilmente va a conseguir otro mejor. Tienen unos hijitos preciosos. Los parientes de ella le dicen que no le haga caso, que está loca. Yo le pregunté a él: ¿ella cree esas mentiras? Me parece que sí. Entonces se trata de alguien que no distingue entre sus imaginaciones y su realidad (a veces, una terapia sicológica efectuada por el pastor, si es experimentado, puede ayudar. Pero da trabajo, es decir, come tiempo). Cuando llegó el momento de hablar con los dos juntos, él la encaró por las mentiras que nos había estado diciendo a mi esposa y a mí, y al quedar ella sin palabras lloró. Pero sigue igual.

Ir a un psicólogo o siquiatra, sin tener cierta orientación adecuada que le permita a la parte afectada conocer la tendencia del profesional de la salud mental, no es fácil, y menos como inmigrante ilegal. Además, ¿si ella no acepta ir a un profesional, como muchas veces sucede?

Tengo otro caso con el marido paranoico. Allí ya la mujer finalmente terminó decidiendo borrarse de él, y la estoy apoyando. No hay posibilidad en el marido de hacerse ver por profesionales. De manera que los días están contados para esa pareja (él mismo dice que se va a ir definitivamente, aunque las veces que lo ha dicho antes ha sido para volver, porque para eso es paranoico).

¿Cómo los encaramos por separado, y luego juntos? Depende de cada caso. A menudo se hieren mutuamente. Les hablamos de lo precioso de la vida y del hogar, y de para qué vivir dándole al diablo la oportunidad de arruinar lo bello que Dios hizo. ¿Para qué vivir amargados cuando podrían vivir felices? Si los caracteres son fuertes y echan chispas por dar hierro con hierro, que acepten la realidad de la vida y después que salieron las chispas (pasó el momento), no se carguen con rencores porque eso destruye todo. Que sigan sabiendo que tienen que encarar la vida juntos, con otros problemas que ya aparecerán mañana. Si les cuesta hacerlo, busquen fortaleza en el Señor quien dijo basta al día con su propio mal.

A otros les digo que el problema principal es que parten de la base de que el casamiento no es necesariamente para toda la vida. Con tal creencia, cualquier conflicto lleva ya al rompimiento. Si son jóvenes, les aconsejo que se tengan paciencia, y que aprendan a aceptarse los defectos, sin exigirse el uno al otro que los cambie. Con los años, como dos bueyes que aran juntos por un buen tiempo, se conocen más y es más fácil aceptarse. Al ir descubriendo cada uno sus propios defectos, se pierde en gran medida la agresividad inicial.

También les traigo muchas anécdotas chistosas para ayudarlos a distenderse. Dichos también como por ejemplo: Si el noviazgo es ciego, el casamiento es un buen oculista (en el mejor sentido, y les exhorto a procurar descubrir sus propios defectos en lugar del defecto de los otros).

2. Aconsejando a parejas con problemas

Hace unos días, un pastor de España pidió asesoramiento para ayudar a una linda pareja que pensaba que las cosas no iban más con ellos. Respondí con algunas ideas generales, contando que en mi distrito había siete parejas con problemas. Anoche estuvimos con una de ellas y hoy estaremos con otra.

Por si a alguien pueda servirle, puedo tal vez compartirles algunos pensamientos. Ya habíamos hablado hacía dos semanas por separado, mi esposa con ella y yo con él, porque estaban dejando de ir incluso a la iglesia. Este sábado vino él, según me informaron, pero ella no. Al llegar le pregunté a él cómo iban las cosas, y me dijo de mal en peor.

Fuimos por lo práctico. Tienen dos hijitas y ella se la pasa encerrada en la casa con ellas. Le dijimos que es más fácil que carcoma o rumie malos pensamientos si no sale. A él no le gustaba salir con ella porque viene cansado del trabajo. O la manda sola a ella a comprar y se queda a cuidar las hijitas; o va simplemente a comprar él solo. Estuvimos compartiendo ideas acerca de lo que pueden hacer al salir juntos, a dónde ir, lo lindo que es para los niños ir en el carrito del supermercado, la importancia de salir a un parque. Si es posible, una vez al mes al menos, dejar las dos hijitas con una familia de confianza por unas horas para ir a comer juntos a algún lugar, o a un lugar de entretenimiento. También tocamos aspectos económicos, si él le da dinero para que ella pueda comprar sus cosas. Salió a luz que él se compró una moto y un auto sin consultarla a ella, y ella quiere que ahorre...

A él le dije que a la mujer no se la manda, sino que se la conquista, y cuando se quiere algo de ella no se le exige, sino que se le pide y de buena manera. Le hablamos de la importancia de ser suave y de lo que es la cabeza del hogar. Le referí que en México matan miles de mujeres por año en su mayoría por conflictos conyugales (lo leí en el diario esta semana). Cuando llegan a USA las mujeres se avisan entre ellas y se dicen que acá no es como allá, que si el marido las trata mal pueden ir a refugios, romper con ellos, etc.

Pero hay un camino mejor. Así como tú tienes que aguantar a veces un jefe o patrón que es cabeza donde trabajas, así también puede darse el caso que tu mujer tenga que aguantar la cabeza de tu hogar que eres tú. Pero así como hay patrones o jefes de trabajo que son buena gente y da gusto trabajar con ellos, así también está en tí que tu mujer sienta que da gusto estar bajo tu cabeza en tu hogar.

Dos semanas antes, cuando hablé separado con él, le dí algunos consejos prácticos sobre materia sexual que le repetimos ahora de otra manera. [Al que tenga un recato especial, le pediré que salte esta parte]. Le referí dichos populares. No te apures con la flauta que el concierto es largo. Comienza en la mañana cuando te levantas. Mira con una sonrisa a tu mujer. Mírala a la cara, no necesariamente con una sonrisa de beato (sino tal vez breve y humilde, sencilla), al despedirte para ir a tu trabajo y darle un beso. La dejarás con una canción en su corazón el resto del día, y cuando vuelvas sigue el concierto de la misma manera. A la mujer se le entra por los oídos también, con expresiones cariñosas sinceras. Si no estás acostumbrado a expresar tus afectos y no te sale en forma natural, inténtalo que ya te va a salir mejor. Así no te va a costar demasiado al llegar la noche, distenderla para que duerma feliz. Recuerda que la mujer es como una plancha. Para usarla hay que calentarla, y para ello tienes que ganar su corazón. Volví a insistirle ahora que la vida matrimonial es una vida de conquista que dura toda la vida.

Les conté también la vieja anécdota del toro al que le ataron un burro. El primero lo revolcó y arrastró al monte, desapareció con él. Al cabo de tres días volvía el burro adelante, y el toro caminando amansado detrás. Les hablé de la virtud del burro, que consiste en no atacar o devolver, sino en no cejar jamás. Cada arrastre de varias cuadras era seguido por tres pasos de regreso del burro, hasta que logró su objetivo. De manera que hasta para ser burro en algunos casos hay virtud. Les insté entonces a no romper, que con el tiempo se puede amansar hasta a un toro, y les pedí que no discutieran para saber cuál de los dos era el burro o el toro.

Les conté que cuando tenía 12 años y nos peleábamos con mi hermano menor de 10, en el calor pesado de Entre Ríos adonde habíamos ido de vacaciones, mi padre nos hizo abrazar por quince minutos. Me acuerdo cuando mi hermano menor lloraba y los dos traspirábamos abrazados por el calor, mientras nuestro hermano mayor nos miraba de a momentos y se reía. Había que aguantarse ese castigo porque de lo contrario nos podía salir peor. En broma les dije: ¿hay que pedirles ahora que se abracen por quince minutos?

Se reían los dos, y él nos agradeció diciéndonos que hacía muchos días que no la veía sonreír a ella. Le pregunté a ella si lo había visto reírse a él durante todo ese tiempo. Me dijo que tampoco, y los dos se rieron otra vez al cruzarse la mirada. Oramos, y dejamos con el Señor la fatiga del día de mañana... [En la actualidad, segunda mitad del 2007, andan muy bien, apoyando a la iglesia, y luchando juntos para salir adelante en sus proyectos familiares].

3. Aconsejando a parejas con problemas

En el mensaje anterior hablé bastante acerca de una falencia que suele darse en los hombres. Para equilibrar, tocaré ahora otro problema más común entre las mujeres. Comencemos con una ilustración.

Entre las tantas conferencias que he dado en Nueva York, una mujer quiso hablar conmigo cierta vez, al terminar una de las reuniones. Me contó que tenía un hogar estable, bueno y feliz. Una hija alegraba su hogar. Hasta que vino a la iglesia una joven señora que se interesó en el mensaje adventista y comenzó a estudiar la Biblia. Esa mujer tenía serios problemas con su marido que le era infiel. La que tenía un buen hogar se hizo amiga de la mujer visitante tratando de ayudarla. Pero no sabía que no era suficientemente fuerte para ese tipo de tarea.

A medida que la mujer que tenía problemas con su marido se descargaba con ella, la iba afectando. No tardó mucho para comenzar a ver en su propio marido, el marido conflictivo de su amiga. Las reacciones de furia de su amiga pasaron a darse en ella contra su propio marido fiel y buena gente que tenía. El aguantó lo indecible por salvar su hogar, pero era ser humano. Llegó el momento en que no pudo más, y se separó de ella. Cuando eso ocurrió, su esposa reaccionó, y me dijo que se daba cuenta que había cometido un error muy grande, que había sido muy mala con él, y ¡cuánto lo lamentaba! Averigüé en el resto de esa semana, y todos los miembros de la iglesia hablaban muy bien de ese marido. Confirmaban lo que su esposa decía ahora. Hablé con él, y le dije lo que ella sentía. Pero su corazón se había ya endurecido. Pasó un año más y él se casó con otra.

En mi distrito tengo una pareja cuyo marido estaba angustiado. He tratado de cambiar, buscando entender en qué estoy mal. Pero los mismos familiares de ella han terminado diciéndome que no le haga caso, que está loca. Pastor, ¡cómo miente mi mujer! ¡No sé de dónde saca las cosas que dice! Pasó un año de eso, y ahora están separados porque ella dijo que no lo puede ni mirar. Al irse y ni aparecerse en la iglesia, la mujer a comenzado a captar su situación. Lo llamé el sábado pasado y nos pusimos a conversar fuera de la iglesia. De repente apareció su esposa con sus hijitos. El de cinco años vino corriendo y le preguntó: Papi, ¿conseguiste ya una casita? Le respondió que no. La esposa dijo entonces: No va a buscar otra casita, porque tiene una sola casa, y una sola mujer. Entonces le pregunté: Si eso es así, ¿puede darle un beso ahora? ¡Claro que sí!, respondió. Y se lo dio. El interpretó eso como hipocresía de parte de ella, y no fue a la casa. En la semana fui a verla y le dije lo siguiente. Si su esposo tiene una sola casa, y una sola mujer, ¿será que va a tener también una sola cama para dormir junto a su mujer en esa sola casa que tiene? Me respondió que para eso tenían que comenzar en cero. ¿Qué significa para Ud. comenzar en cero?, le pregunté. Humillarnos delante de Dios y pedirle perdón, porque yo lo he herido a él, y él me ha herido a mí. La felicité por esa respuesta, y le dije que esa declaración me mostraba que Dios estaba obrando en ella.

Felizmente parece aún no haber llegado la situación del marido a un endurecimiento sin retorno. Para ayudarle a entender el problema de su mujer le hice recordar al marido las dudas que le puso el anciano de la iglesia, cuando le llevó su problema la primera vez. Tal vez tu esposa tiene relaciones con otro hombre, le dijo ese anciano, y le sugirió el nombre de alguien que tiempo atrás había vivido con ellos. Pero el sexo nunca fue una debilidad de esa esposa. ¿Qué hiciste tú cuando te sugirieron eso de tu mujer?, le pregunte, y le respondí yo mismo. Lo escuchaste, lo consideraste después, pero no te dejaste afectar por esa insinuación desatinada, agregué. Eso puedes hacerlo porque eres hombre, pero no te afectó demasiado porque al hombre le resulta más fácil hacer abstracción de los hechos, considerarlos más objetivamente, sin dejarse arrastrar por los sentimientos. Sin embargo, ese no suele ser el caso con muchas mujeres. Tu esposa tiene dos amigas con problemas matrimoniales, que le hacen un daño inconsciente al contarle sus problemas. Luego te mira a ti y traspasa el problema de sus amigas a tu hogar. Te mira como las otras miran a su marido infiel.

Los hombres suelen ser más racionales. Las mujeres más intuitivas. Demasiado a menudo ellas no pueden despegarse emocionalmente de lo que contemplan. Mientras que los hombres son de Marte, las mujeres son de Venus, según el famoso libro que caracteriza a ambos. El hombre, por naturaleza, suele hacer más fácilmente abstracción de los hechos y desprenderse de sus propios sentimientos. La mujer, también por naturaleza, suele

proyectar más fácilmente sus sentimientos y termina viendo y juzgando las cosas desde sus sentimientos, lo que la priva de objetividad. Cuando eso sucede, en lugar de ayuda termina tomando parte en el conflicto y agrandando el problema. Y si para colmo interviene un psicólogo o siquiatra con todas las patologías que leyó en sus libros, ¡se imaginan!

Otro ejemplo. Vimos con mi hijo una película histórica en la que la GESTAPO descubrió, durante la 2da. Guerra Mundial, a dos hermanos jóvenes que repartían propaganda contra la guerra. Todo el interrogatorio, largo e insidioso, termina en una discusión sobre los principios de la democracia y la libertad contra los principios nazis. Siendo que la película estaba en alemán, mi esposa se interesó por unos momentos en ver parte de ella. Cuando terminó, mi hijo Roy dijo: Me gustó el artista que representaba a la GESTAPO. Lo hizo muy bien. Mi esposa escuchó y dijo: Ese fue el más asqueroso, en referencia a lo malo y despiadado que era. Intervine haciéndole ver que lo que Roy dijo no tenía nada que ver con el papel que efectuó ese represor nazi en la película, sino con lo bien que lo interpretó el actor. Volvió a reaccionar: Digan todo lo que quieran, para mi fue asqueroso. Era claro que ella no se alejaba del contenido de la película, ni le interesaba juzgar cuán bien o cuán mal actuó como actor el que representó ese papel.

Bueno, espero no desatar una discusión sobre el tema en ningún hogar, ya que hay siempre excepciones. Pero esta diferenciación entre el hombre y la mujer es aceptada universalmente. En el lado positivo, cuando los sentimientos de una mujer son santificados, puede ayudar a su marido a ser noble y sensible ante los problemas de la vida. Pero cuando una mujer da rienda suelta a sus malos pensamientos, corrompe todo, incluso a su marido. Como ejemplo pongo el testimonio de un joven Ernst, de Ecilda Paulier, Uruguay, hace años atrás. Me contó que cierta vez se puso a pensar dónde comenzaban las peleas que se daban entre esos viejos, a menudo por cosas tan burdas. Descubrió que el lío comenzaba en las reuniones de Dorcas en las que las mujeres se juntaban para preparar ropa y comida para gente pobre. Se ponían a hablar y por allí se dejaban llevar por sus sentimientos envenenados que, al regresar a sus casas, volcaban sobre sus maridos (gente sencilla de campo no tan racional tal vez), llevándolos a confrontarse entre ellos.

¡Cómo explota el diablo esas diferencias para romper hogares con cosas tan irracionales! Algunas se casan, y asumen el trauma de su marido que proviene de un hogar dividido, y lo proyectan a su propia familia y a diferentes personas de la iglesia. Mi esposa asistió a una reunión en un Camp-Meeting en Michigan, hace poco más de un año atrás, en donde hablaron sicólogos y dieron testimonio los hermanos que habían asistido a esa reunión. Un buen número buscaba desahogarse por cómo hijas o hermanas proyectaban en ellos traumas que asumieron de otros. Se producen así, peleas familiares que duran años, especialmente en familias numerosas como las que existían antes. En Salto, Uruguay, varias veces traté de mediar años atrás entre las tantas hermanas de origen ucraniano Oborsky, la mayoría adventista y casada. Felizmente allí, los maridos solían mantenerse dentro de cierta racionalidad, que permitía el equilibrio y la convivencia. Pero entre ellas..., si no se quejaba una de que su cuñada le había sacado la lengua cuando se vieron en un banco, otra alegaba que le había dado vuelta la cara. Cuando iba a ver la tal cuñada me decía que le dijera a la que habló que no sea pavota... (¡cosa de chicos!)

¿Por qué? ¿Por qué? ¡Cuando podrían vivir felices y en armonía, en algo tan bello que Dios hizo y que es el hogar! En el caso que mencioné más arriba y que estamos tratando actualmente, se requiere hablar con paciencia y buscar hacer entrar en razón a la mujer afectada por sus imaginaciones, encauzar sus pensamientos por caminos más positivos, ayudándola a evitar las suspicacias. Eso es lo que se conoce como psicología cognitiva. Hay que hacerle entender esta tendencia entre las mujeres y los hombres, para que pueda captar lo que le pasa, y en dónde puede terminar todo si sigue así.

Gracias a Dios que me dio una mujer estable, que permite que abordemos juntos a matrimonios y gente con problemas tales! Eso es de mayor ayuda para el ministerio, porque los matrimonios tienen nuestro testimonio diferente (de Marte y de Venus), pero unido en Cristo. Pero cuando una mujer es frágil, impresionista, no es sabio que trabaje por gente con problemas, con traumas. El pastor tendrá que abordar esos problemas solo, ya que la mujer podría traerlos a su propio hogar y terminar rompiendo la paz y la armonía de la que habían disfrutado hasta ese momento. Hay muchos hogares, aún de pastores en USA, que han sido divididos por diferentes motivos, inclusive por el que estoy mencionando. Un evangelista me decía hace un tiempo atrás. Lamentablemente no nos dan la opción de intervenir para ayudarlos. Vienen con la separación ya cocinada y se retiran del ministerio.

Cuando veo a veces a hermanas con problemas, juntarse entre ellas para darle a la lengua (darse manija), ¡cómo quisiera poder separarlas! Porque entran en un círculo vicioso de imaginaciones que no les permite

distinguir después entre lo que es imaginación de lo que es realidad, y que las hace vivir amargadas. ¡Parecieran no poderse dar cuenta que sólo van a descubrir lo bello que tenían, cuando lo habrán tristemente perdido! Y cuando tales círculos viciosos se dan dentro de las familias, ¡qué gran incendio inútil y estúpido que producen!

4. Aconsejando a parejas con problemas

Una joven se casa y está feliz con su marido, hasta que descubre que su padre pastor, poco antes de su jubilación (en plena andropausia), abandona a su madre y se va con otra. La imagen tan elevada que tenía de su padre se viene abajo porque, como es comprensible, hasta se retira del ministerio. Su frustración se la pasa a su joven marido, a quien comienza a vestir con el nuevo ropaje figurado que descubre de su padre. Así como ahora odia al padre, odia también a su marido y no quiere seguir viviendo con él. Lo llena de acusaciones falsas, ya que su joven marido no tiene nada que ver con el problema de su padre. Intervinieron otros pastores, pero nunca supe si lograron hacer entrar en razón a esa joven mujer, porque me fui del lugar y no escuché más nada del caso.

Uno de los problemas que se está volviendo más común entre los seres humanos, al menos desde que los sicólogos lograron definirlo bastante después de la guerra de Vietnam, es el de la ansiedad o estrés post-traumático (en inglés Post-traumatic stress disorder), que se manifiesta de múltiples maneras tanto en hombres como en mujeres. Hasta en las películas ya incluyen en los traumas que revelan, la definición del otro con esos términos. Algunas personas son capaces de superar más o menos un estado de ansiedad, pero lo proyectan sobre otro. Es más común que la esposa asuma el problema de su marido y lo proyecte sobre otros, por su propia naturaleza de mujer que ya hemos visto. Si no es el problema de su marido, podrá ser el problema de su padre o abuelo que proyectará sobre su padre o su marido. También hay mujeres que asumen los problemas que encuentran en otros con quienes se relacionan en la sociedad y en la iglesia, y los proyectan sobre los demás creando conflictos en su entorno social y familiar.

En Nueva Helvecia, Uruguay, donde fui pastor, una mujer descubre que su marido le fue infiel. Eso la traumatiza de tal manera que se pone a hablar de todo y de todos, generando conflictos donde va. En contextos tales, el pastor debe ser muy cuidadoso y dedicar mucho tiempo a la visita pastoral, no sea que se le divida la iglesia. Recuerdo cuando cerca de la una de la mañana, mientras dejaba todavía desahogarlos en su hogar, el marido reaccionó: Pastor, ¿es cierto todo lo que dice mi esposa de todos los demás? Si eso no es cierto, entonces le pido que la haga callar, porque me tiene ya medio loco. Con respecto a lo mío, ya lo arreglé y me rebauticé y no tengo más ese problema. Pero que termine ya porque tampoco puedo seguir así.

En visitas subsiguientes comenzaron a mencionarme otros casos de antiguos hermanos que habían abandonado la iglesia. Pastor, ¿no podría visitarlos a ellos? Ellos no tuvieron la oportunidad de recibir visitas pastorales como la suya. Si Ud. va y los trata como lo ha estado haciendo con nosotros, con la paciencia que nos ha estado teniendo y todas las cosas que nos dice, estamos seguros que van a volver a la iglesia. Hace unos 8 años atrás ví a esa pareja y estaba todavía en la iglesia (un cuarto de siglo después). Era evidente, por la forma en que nos hablaba, que la mujer nunca se curó del todo; al menos fue lo suficiente como para poder sobrellevarla, y para que toda su familia permanezca en la iglesia.

Aquí quiero resaltar la importancia que tiene para el pastor, de permitir a la gente desahogarse. En Salto, Uruguay, una mujer con traumas recibía terapia sicológica con una mujer, y espiritual con este servidor. La hermana y el marido escuchaban a veces lo que ella me decía de ellos, y se alarmaban después diciendo que lo que me contaba no era cierto... Les decía que la dejen soltar lo que tiene adentro, que yo ya sé que exagera y tergiversa. De lo contrario no estaría tratándola. Con eso se calmaban. Sólo un 10% de la terapia espiritual que llevaba con ella podía yo hablar, ya que el 90% me hablaba ella. Pero en ese 10% lograba irle metiendo cosas en la cabeza que la iban ubicando. Finalmente la sicóloga, a quien le contaba lo que yo como pastor le decía, terminó diciéndole que no fuese a verla más, que ella como sicóloga le había dado todo lo que tenía como profesional, y que de allí en adelante su pastor podría completar la tarea de reinsertarla en forma normal a la sociedad.

Felizmente esa sicóloga estuvo bien ubicada. El problema con muchos profesionales de la salud mental es que le dan la razón al paciente y lo afirman en sus temores, o le crean otros (hacen su negocio). Por ejemplo, en esa misma ciudad, perdimos toda una familia que había comenzado a estudiar la Biblia con nosotros y asistía ya a la iglesia, porque el psicólogo, ateo, les habló de la religión como causante de traumas y le aconsejó a la hija con problemas de ir a unas termas para liberarse con el que encontrase, tanto de sus padres como de su iglesia.

En el siguiente número voy a comentar un artículo que salió el lunes 3 de octubre (2006), en el diario Clarín de Bs. As., sobre el papel del estrés post-traumático en los falsos recuerdos, algo nuevo que, en la actualidad, está siendo objeto de estudios científicos. En mi caso, ese artículo me es de suma importancia para ayudar a la pareja que estoy tratando en donde hemos podido ver que el marido tiene razón. Su mujer dice una cantidad de cosas que se imagina de su marido, sin fundamento alguno.

5. Aconsejando a parejas con problemas

En la década de los 80 estuvo en boga lo que terminó denominándose Multiple Personality Disorder. El fraude de las leyendas que se levantaron en torno a ese problema, tratado a menudo mediante hipnosis en casos de abusos de menores, salió a luz cuando comenzaron a descubrirse que las diferentes personalidades y los recuerdos falsos eran formulados y sugeridos por los siquiatras terapistas que trabajaban con la imaginación exuberante de sus pacientes. Esto fue más llamativo en el caso del juicio de un padre a quien su hija acusó de haber abusado de ella, y él lo negó rotundamente. Lo metieron preso hasta que la defensa pudo probar que toda esa imaginación la habían creado los terapeutas en la mente de esa pobre hija que terminó diciendo que estaba confundida y que, realmente, no recordaba que algo así hubiera pasado.

Hoy en día se sabe que la mayoría de los casos de memorias falsas basadas en presuntas personalidades múltiples pertenece más bien al campo de la ciencia ficción, con la ayuda notable de su popularización por Hollywood. Esas personalidades aparecen y se crean en las oficinas de los terapeutas. En otros casos entran en juego experiencias sobrenaturales.

Pero no es nuestra preocupación tratar con presuntas personalidades múltiples en nuestro aconsejamiento a las parejas con problemas (gente que afuera es una cosa y adentro otra siempre existió, más en una sociedad tan sofisticada como la nuestra). Se trata del mecanismo de autodefensa que opera en muchas personas que han sido sometidas a un trauma o estrés o ansiedad especial, y que les hace recordar cosas que nunca sucedieron para protegerse de lo que temen. Al comenzar a sacar a luz tales imaginaciones, pueden crearse situaciones de tensión social y familiar (enojos y peleas porque tocan la reputación de los demás), agrandando el conflicto, especialmente si intervienen otros que no entienden el problema, toman partido por la presunta víctima que no es más víctima que de sus falsos recuerdos o imaginaciones mal encauzadas.

Según las estadísticas, los recuerdos falsos se dan mayormente entre las mujeres (un 80% de los pacientes), lo que confirma lo que veníamos diciendo en la tendencia femenina a costarle más hacer abstracción de las cosas. El mecanismo del falso recuerdo pareciera funcionar como una especie de autoprotección ante temores acerca de lo que pueda pasar después. Esto es importante tener en cuenta a la hora de tratar problemas de convivencia que se dan en parejas y familias. Convendrá en casos tales usar la filosofía del vendedor italiano que decía: Eh, yo todo lo creo, ma despué lo analitzo.

Si una persona con un trastorno de estrés post-traumático cae en manos de un especialista que ve fantasmas, por no decir fantasías, la va a alejar más de la realidad y aumentar más también sus temores, haciéndola volcar sobre sí misma o rompiendo todo lazo con su entorno social, en búsqueda de algo nuevo y sin conexión con su pasado. Una verdadera terapia cristiana conducirá más bien a permitir que suelten lo que tienen adentro, inclusive esos recuerdos y temores mal fundados, y buscar reencauzar los pensamientos de la persona afectada para que pueda enfrentar la realidad de la vida, no aislarse de ella.

En el caso de una pareja que estamos tratando (no hemos podido estar lo suficiente todavía con ellos), después de escucharla a ella, y después de escucharlo a él, decidimos juntarlos y hablamos juntos con los dos. Cuando él la encaró por lo que nos había estado diciendo y le refrescó la memoria haciéndole ver que no era cierto lo que decía de él, llegó un momento en que su mujer rompió a llorar. No tenía argumento. No nos podía seguir engañando a nosotros, y al no estar sola con él, se encontró consigo misma sabiendo que no iba a poder continuar justificando su actitud hostil hacia su marido delante nuestro. Su actitud hostil, por otro lado, era prácticamente suicida, porque no podría vivir sin él. En otras palabras, no es racional, es puramente sentimental.

La situación, sin embargo, no se arregló todavía. Comprendiendo mejor la situación, el marido está optando por no hacerle caso, pero nadie puede augurar por cuánto tiempo podrá aguantar convivir con una mujer así. En visitas subsiguientes procuraremos razonar con ella e indagar, en lo posible, las causas que la llevan a proyectar el futuro en base a imaginaciones tan mal fundadas. Un marido que realmente quiere a su mujer, una vez que entiende algo mejor lo que le pasa a ella, le permitirá sobrellevar la carga mientras busca caminos que superen la situación sin romper con el hogar. Si, por otro lado, podemos explicarle a su mujer y ayudarla a entender, cómo

opera ese mecanismo de los falsos recuerdos, tal vez le ayudará a no dejarse impresionar tanto cuando cae en ese círculo vicioso del pensamiento y la imaginación contra su marido.

En la década de los 60 se hizo en USA famoso el caso de una mujer de unos 60 años a quien la perseguía un antiguo condiscípulo de escuela secundaria. Le encontraron a ella marcas que le dejaba cuando la atacaba, y le exigía que se fuese con él. Ese viejo condiscípulo le enviaba también poesías que revelaban una agudeza especial, y tuvo convulsionada a toda la prensa, porque no lo podían descubrir. Su marido estaba realmente angustiado junto con ella. Quien descubrió el enigma fue el jefe de policía, ya que habían puesto policías cuidando la casa y sin embargo ese viejo condiscípulo tan inteligente lograba violar la guardia. La siguieron en determinado momento, y la detuvieron justo cuando depositaba ella misma otra poesía en el buzón del correo. Según esa poesía, esta vez su viejo amigo iba a acabar con ella. Si la policía no intervenía a tiempo captando el problema psicológico de la mujer, ella misma iba a cumplir esa sentencia de su condiscípulo imaginario. Lloró cuando la descubrieron. Pero al ser confrontada con la realidad se curó.

Felizmente en esta anécdota, la hostilidad y temor de la mujer no se dio contra su marido. Pero otras veces sí sucede. Que la mente humana, en el contexto del estrés post-traumático, genera falsos recuerdos, no es algo nuevo. Es algo comprobado ya. Lo que todavía está bajo discusión es la vía o proceso que lo produce. Pero hay avances. Lean el siguiente artículo.

El efecto anticipación: ¿puede el miedo generar falsos recuerdos?

Investigadores norteamericanos profundizaron en los mecanismos de la memoria y establecieron su relación con el temor. El enfoque puede aportar nuevas herramientas para el tratamiento de trastornos de ansiedad.

Por María Farber. De la redacción de **Clarín.com**

La palabra clave es anticipación. Cuando una persona se adelanta mentalmente a la posibilidad de que alguno de sus temores se realice, activa en su cerebro el **circuito del miedo**. Se sabe que los recuerdos de experiencias traumáticas (u otras situaciones emocionalmente fuertes) se imprimen más profundamente en nuestra memoria, y ahora, investigadores de la Universidad de Wisconsin-Madison, establecieron que la anticipación a una situación atemorizante puede encender dos regiones en el cerebro que corresponden a la capacidad de memorizar. La anticipación, según estos investigadores, puede jugar un rol fundamental respecto de cuán vívidos permanecen los recuerdos de una situación traumática. Nuestro estudio ilustra cómo el poder de la anticipación se puede extender también a la formación de memoria, dice Jack Nitschke, uno de los autores de la investigación.

Esta investigación, publicada por la prestigiosa revista Proceedings of the National Academy of Science (PNAS) permitiría elucidar los procesos neurobiológicos de trastornos como el estrés post traumático y la ansiedad social. También, infieren los investigadores, podría ser el mecanismo mediante el cual la mente construye falsos recuerdos, es decir, si la anticipación activa los centros de la memoria, bien podría recordarse algo que no sucedió. Si existe un circuito del miedo, alguien que tiene un pensamiento negativo puede activar ese circuito. La preocupación entonces, puede convertirse en un hecho aunque no haya ocurrido, porque activa ese mecanismo. Esta podría ser la vía que procesa los falsos recuerdos, sin embargo, esta investigación no lo demuestra, se trata de la deducción de una posibilidad, explica Facundo Manes director Instituto de Neurología Cognitiva (INECO) y del Instituto de Neurociencias de la Fundación Favaloro.

Memoria emocional

Cuarenta voluntarios sanos participaron de la prueba. Tuvieron que observar una serie de imágenes, algunas de ellas con contenido neutro, otras de alto impacto emocional, que mostraban cuerpos mutilados. Durante esta observación se realizaron resonancias magnéticas que revelaron qué zonas del cerebro se activaron. Media hora más tarde los investigadores solicitaron a los voluntarios que describieran esas imágenes. Aquellos que mejor las recordaban fueron quienes registraron una mayor actividad en el hipocampo y en la amígdala, regiones cerebrales vinculadas a la memoria. Dos semanas más tarde se realizó la misma medición, los resultados se sostuvieron: los que registraron mayor actividad en el hipocampo y la amígdala fueron los que mejor recordaron las imágenes.La metodología de la investigación es muy buena, es un estudio longitudinal, es innovador en ese

sentido, señala Manes. Logra reforzar la idea de que el hipocampo y particularmente la amígdala intervienen en la memoria emocional.

Mientras que por un lado dilucidar la génesis de los falsos recuerdos es una posibilidad abierta a futuras investigaciones, la comprensión de la intensidad con que el cerebro imprime determinados recuerdos en la memoria puede jugar un importante aporte para el tratamiento de trastornos asociados a la ansiedad. Si bien no constituye una explicación completa del trastorno de estrés post-traumático puesto que no se trata de una investigación clínica sobre pacientes ni tampoco abarca todos sus aspectos clínicos, sin duda, aporta luz sobre un mecanismo que plausiblemente opera en este trastorno y probablemente otros, como la ansiedad social, el trastorno de pánico o la ansiedad generalizada. El eslabón que permite entender este estudio tiene que ver con el efecto de la anticipación de las situaciones en la consolidación de recuerdos relacionados con situaciones traumáticas o ansiógenas, explica Fernando Torrente, Jefe de la Unidad de Psicoterapia Cognitiva de INECO y del Instituto de Neurociencias de la Fundación Favaloro.

Esto implica que cuanto más expectante se halle una persona a la posibilidad de un suceso traumático o una experiencia difícil, más fuertes serán los recuerdos que la fijarán en su memoria. Simplemente la expectativa de ver algo malo puede realzar su recuerdo después de que sucedió, dice Nietsche. Y Torrente señala: Esto explica los fuertes efectos traumáticos que tienen las situaciones de retraumatización, como por ejemplo la exposición reiterada a torturas o violencia, puesto que antes de cada nuevo episodio la persona puede anticipar lo que va a ocurrir, fijando de esta manera el próximo episodio con cada vez mayor fuerza. Asimismo, confirma a nivel neurobiológico, lo observado por los modelos de terapia cognitiva acerca de este tipo de trastornos.

6. Aconsejando a parejas con problemas

En una pareja no adventista en Atlanta, de tanto en tanto llovían platos y ollas de los dos lados. El primer contacto que esa pareja tuvo con adventistas fue en un pueblo pequeño. Era una iglesia caucásica. El pastor adventista los visitó y comenzó a estudiar la Biblia con ellos. En determinado momento se dio esa explosión, ya que los dos eran sanguíneo-coléricos. Cuando el pastor se enteró se indignó, y le propuso ahí nomás a la esposa que abandonase a su marido, y que él podía encontrarle un lugar de refugio como para desaparecer a tal punto que él no la pudiese encontrar más. Desaparecieron, sí, pero del pastor y de la Iglesia Adventista.

Un miembro de mi iglesia en Atlanta los descubrió años después, por casualidad. Me consultó por un libro que la mujer le mostró que estaba leyendo. Los visité y comencé a estudiar la Biblia nuevamente con ellos. Le aconsejé a la mujer no entrar en la filosofía de corte metafísico del libro que estaba leyendo. No importa la corriente filosófica, cada vez que alguien pretenda ofrecer un desarrollo de la mente para pasar a una esfera superior, estará recibiendo el veneno de la serpiente que le hizo creer a Eva que iba a ser como Dios. La restauración comienza con la aceptación del papel y los límites que Dios le impuso a cada uno. (Vivían lejos de mi iglesia, por lo que, con el tiempo, comenzaron a frecuentar otra iglesia adventista más cercana a su departamento).

Con esta ilustración quiero introducir dos aspectos. Uno tiene que ver con una terapia disociativa muy común en un contexto capitalista e individualista. El otro que veremos en otro número tiene que ver con la negación del papel que Dios asignó a cada cual dentro del hogar. En este caso, se veía el deseo de la mujer de poder superar a su marido con un poder mental mayor, ya que el marido era físicamente más fuerte que ella y eso ella no lo podría cambiar.

Una terapia sicológica no cristiana (aunque por su influencia la practiquen cristianos, inclusive pastores adventistas), recurre al rompimiento como primer arma para comenzar a construir otra realidad. Por eso hay mucha gente que se niega a cualquier tipo de terapia, porque desconfía de los métodos y propósitos de tales terapias. De allí que como terapeutas espirituales convenga capitalizar el deseo de seguir juntos a pesar de los problemas, salvaguardando en todo lo posible el honor y la estima propia de todos, y fortaleciendo las buenas intenciones que expresan.

¿Por qué recurren los sicólogos tan a menudo a una terapia disociativa? Porque cualquier psicólogo sabe que toda persona reprimida, como una olla presión, si no logra abrir la tapa (liberarse), va a explotar. Siendo que un medio que Dios creó para ayudar a relajar las tensiones (la presión, el estrés), fue el sexo en el matrimonio (produce un psssshhhhhhh o escape en las tensiones nerviosas), los sicólogos (sobre todo si son freudianos) aconsejan liberarse yendo a los prostíbulos o recurriendo a algún otro medio equivalente. Como de hombres y mujeres está lleno el mundo, es mejor aún para esta gente que no conoce el evangelio o se ha olvidado de él,

ofrecer terapias sicológicas disociativas. Aconsejan romper con su estado actual (matrimonio, social por referencia a la Iglesia, hogar, etc), y construir otro...

Creo que, a la luz del evangelio, el rompimiento debe ser el último recurso (no el primero), y debe provenir de una de las dos partes cuando la otra (sobre todo si es psicópata o revela una tara aguda equivalente), se niega a cooperar. Nuestro deber como pastores es ofrecer la salida a la parte más débil, que sepa a dónde recurrir, pero sin presionarla a que recurra a esa salida porque, en ese caso, podríamos pasar a formar parte del problema. En este contexto calza la vieja anécdota de una pareja que se peleó. Ella logró salir a la calle, y desde la puerta él, comenzaron los dos a gritarse y decirse de todo. Pasó un transeúnte que no tenía nada que ver con el problema, se apiadó de la mujer y se puso a discutir con el hombre por cómo la trataba. Como resultado la mujer se puso de parte de su marido en la discusión, los dos contra el que simplemente pasaba por allí, y mientras le gritaban al metido (metiche en mexicano), se juntaron otra vez y entraron reconciliados dentro de la casa.

En el distrito donde estoy actualmente hemos dado ya a tres mujeres ese recurso de corte o salida de una situación que no progresa (una de ellas no es miembro de nuestra iglesia, pero ha estado estudiando la Biblia con una amiga adventista). Un consejo tal lo damos sin presionarlas en absoluto a recurrir a tal medida extrema (jamás debemos transformarnos en parte del problema). Hasta ahora, sólo una mujer recurrió a esa salida. El marido vino a la Iglesia entonces (había sido adventista hacía algunos años atrás), diciendo mientras lloraba como un niño: estoy arrepentido (a mí me daba tentación de risa, porque era bien fornido y parecía macho). Siendo que su problema consistía en emborracharse y pegarle a su mujer en estado ebrio, la corte le exigió ir a alcohólicos anónimos, y tener, además, una terapia psicológico-judicial, en donde debía explicársele todas las implicaciones legales de su conducta. El cumplió, y volvieron a juntarse. Siendo que no le daban el sábado libre, fui a la compañía donde trabajaba y se lo dieron. Pero lo fueron presionando y volvió a trabajar los sábados. Le advertí que, si conciente de su deber no cumplía con la orden divina claramente revelada en su Palabra, no iba a poder contar con Dios para reconstruir su vida y su hogar. Un año después volvió a la bebida y el rompimiento parece ser ahora definitivo. La justicia le prohíbe acercarse a su esposa quien vive con su hija y otra hermana de iglesia, y ni siquiera le permite vivir en el Estado en donde vive ella.

Digamos, desde la perspectiva espiritual, que la terapia disociativa tiene algo en común con el evangelio. ¿Acaso no cantamos, dejo el mundo y sigo a Cristo; todo ya cambió, tengo otro sentir, etc? ¿Acaso el evangelio no nos hace romper también, a menudo, con nuestro entorno familiar y social que no quiere saber nada de la nueva religión que adoptamos? Es la enemistad que Dios pone contra el mundo la que produce en muchos respectos conflictos en el hogar y en la sociedad, porque la luz y las tinieblas no pueden convivir (Mat 10:34-39). ¡Sí, pero cuando ese entorno familiar y social cambia también, y acepta el evangelio, la armonía vuelve a producirse y sobre otras bases! El cambio del evangelio, el dejar el mundo, no significa irse a otro planeta; comienza con un abandono del mundo en el interior. Luego viene la orden: ve y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo. Te ruego, no que los quites del mundo, sino que los libres del mal. Y nos dio a nosotros el ministerio de la reconciliación... Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo a sí... No imputándoles a los hombres sus pecados, etc.

La liberación que el Señor propone (Seréis verdaderamente libres: Juan 8), es una liberación espiritual. Trae fortaleza a la parte afectada, no para afirmarse en sus malos sentimientos contra el marido, la mujer, o cualquier otro entorno familiar o social, sino para sobrellevar una situación negativa en forma constructiva y positiva. El aislamiento produce fobia y temor. Pero la fortaleza espiritual que da el Señor conduce a enfrentar la vida con otra cara, no a huir de la vida. Lleva a la persona herida y amargada a saber que no está sola, que su Señor sufrió antes que él, y le trae esperanza, haciéndole saber que su situación no durará eternamente. Le permite cantar con gozo en medio de las situaciones azarosas de cada día: Hay un mundo feliz más allá.

Un terapeuta verdaderamente cristiano, por consiguiente, procurará por todos los medios fortalecer a la parte afectada a hacer una o dos millas adicionales y aún más, si es necesario, para salvar la unidad. En lugar de empujar la gente a rechazar las cargas de la vida, buscará animarla y fortalecerla para no dejar que se hunda el barco, ya que lanzarse al mar por cuenta propia no produce salvación real tampoco.

El descanso para todos los amargados y atribulados está en el Señor, quien fue humilde y manso de corazón. ¡Cuánto cuesta para un corazón indómito ser amansado! Cuando al menos una parte se humilla delante del Señor y obtiene su paz, aunque en el mundo tenga aflicción, podrá comenzar a reconstruir su hogar sin necesidad de rompimiento ni de buscarse otro hombre o mujer. Vence con el bien el mal, dijo el Señor. Aún en el mundo, premiaron a la mujer de un marido que recibió el premio nóbel de matemáticas, por haberle tenido tanta paciencia al ser esquizofrénico (se lo retrata en la película Mente Brillante). Y el marido manifestó tanta

gratitud por el amor tan grande de su mujer ¡que lo salvó...! El yugo de Cristo (cualquiera sea la forma), su carga, será más ligera y fácil de llevar cuando se lo contempla en la cruz, y el alma adolorida se humilla delante del Señor. Entonces puede decir: Heme aquí, envíame a mí (Isa 6).

7. Aconsejando a parejas con problemas

Todo pastor debiera tener una noción general de los principales síntomas de Trastorno de Personalidad (Personality Disorder) que pueden presentarse en las personas. Así podrá saber más fácilmente si el cónyuge afectado podrá ser tratado espiritualmente o si necesitará la intervención de un siquiatra que regule su balance químico. Un test que pueden encontrar en internet tal vez pueda serles de ayuda para poder detectar qué clase de terapia necesitará la persona afectada. Si piensan que la persona se ofendería al hacer un test así, o se negaría por temor o alguna otra razón a llenarlo, luego de conocerla más a fondo podrían llenar ese test en su lugar, no para fijarla en un determinado patrón de conducta ante otros (lo que es sumamente peligroso), sino para tener algunas ideas personales acerca de cómo abordarla y orientarla en una terapia espiritual. Si el pastor no se siente capacitado o el problema lo rebasa, tendrá que referirlo a un psicólogo o siquiatra. Mientras tanto, observen este test: http://www.4degreez.com/misc/personality_disorder_test.mv

Aquí corresponderá, sin embargo, concentrarnos en ciertos principios generales a tener en cuenta en una terapia espiritual para matrimonios. Lo basaremos en uno de los principales problemas que deben enfrentar las parejas de hoy. Tiene que ver con la aceptación o rechazo del orden establecido por Dios para toda pareja. Ese orden está representado por la figura de la cabeza y el cuerpo. El hombre es la cabeza y la mujer el cuerpo (Ef 5:25,28). ¿Qué implica todo esto? ¿Cuáles son los problemas que aparecen tan a menudo rompiendo ese orden de felicidad y paz?

Mi esposa viene juntando desde hace varios años notas personales tomadas de diferentes materiales y libros. A ella le encanta recopilar artículos de revistas y leer libros que tocan aspectos prácticos de la vida. Constantemente me trae citas de E. de White y de otros autores para reflexión, y así mismo lo hace con sus hijos. Constantemente está también fotocopiando materiales que prepara y que copia de otros para repartir entre las hermanas o hermanos, según el caso, porque cree que muchos de nuestros miembros necesitan ampliar la mira en las relaciones humanas. A veces, después del culto y del almuerzo los sábados, se reúne por varias horas con las hermanas para hablarles de sus descubrimientos (lecturas), y la siguen con placer.

Al saber que estaba compartiendo reflexiones personales sobre cómo aconsejar a parejas con problemas, ella me ha estado trayendo citas y materiales que no puedo ni tengo tiempo para compartir. Tiene una carpeta con mucho material, pero prefiero dejar con ella esa especialidad. Sin embargo, algunas notas suyas que preparó cierto tiempo atrás y de las que extraeré ciertas reflexiones que desarrollaré y adaptaré en este contexto, me llamaron fuertemente la atención. Esto es importante que tengan en cuenta porque no se tratará de una interpretación mía del orden divino de la pareja, sino de una convicción que ella tiene y comparte conmigo y forma parte de la felicidad de nuestro hogar.

El orden divino

La Biblia es clara con respecto al orden divino. Los hijos deben ser obedientes a los padres y honrarlos de por vida (Ef 6:1-3), estándoles sujetos, al menos, hasta que se casen (Ef 5:31). Siendo que la cabeza y el cuerpo no pueden existir separados, la esposa debe estar sujeta al marido que es su cabeza (Ef 5:22-23). El marido, por su parte, debe estar igualmente sujeto a Cristo como su cabeza, ya que Cristo es la cabeza de todo hombre (1 Cor 11:3). Cristo mismo se sujetó también a su Padre, por lo que Pablo continúa diciendo que Dios es la cabeza de Cristo (1 Cor 11:3). Nuevamente, ¿qué implica todo esto?

a) ¿Superioridad o igualdad?

Estamos acostumbrados a pensar que ser cabeza está relacionado con superioridad y autoridad. Puede serlo, pero no necesariamente. En el caso del Hijo de Dios, por ejemplo, el hecho de que el Padre sea su cabeza no significa que sea inferior, ya que Jesús dijo: Yo y el Padre somos uno (Juan 10:30). De manera que su sujeción al Padre implica aquí igualdad, no inferioridad o superioridad.

Debemos distinguir entre un estado de situación y otro de subordinación que, en la Biblia, pueden darse en forma separada. El estado de situación habla de un orden dispuesto por el Creador en forma soberana para sus criaturas, y que no nos corresponde cambiar. En ese orden nosotros estamos subordinados. Pero, ¿implica la subordinación necesariamente estados de superioridad e inferioridad? A veces sí, a veces no. Por ejemplo, Melquisedec fue mayor que Abraham (Heb 7:7). Pero la sujeción requerida de los creyentes habla de una subordinación entre iguales, como en Ef 5:21: Sujetaos unos a otros.

Nuestro problema es que, desde que Lucifer tentó a nuestros padres con la insubordinación, proponiéndoles una soberanía absoluta equivalente a la de Dios (seréis como Dios), nos hemos vuelto indomables. ¿Quién nos amansa? En esta época en que la rebelión cunde por doquiera, y el mundo está llegando a su fin, la humanidad quiere sacarse de arriba todo lo que la sujeta. Quiere libertad absoluta, y eso no puede traer felicidad. Al contrario, en las grandes ciudades se ve a hombres y mujeres viviendo solos, porque no aguantan sujeción alguna. ¿Qué cosechan, viviendo así, solitarios? Amargura, resentimiento. ¿Por qué? Porque fuimos creados por Dios para ser dependientes. Dependientes de Dios como nuestro Creador (alguien superior), y dependientes los unos de los otros (en un contexto de igualdad).

El romper este orden divino implica, por consiguiente, volverse antisocial. Se rompe la armonía, la paz, la confianza, la felicidad, no solo familiar, social y eclesial, sino también nacional e internacional. Lo que sucede entre las naciones en el plano internacional, es un eco gigante de lo que sucede en los hogares en un plano inmensamente más reducido. Por ejemplo, hay naciones que buscan poseer armas disuasivas como la bomba atómica y así liberarse de las Naciones Unidas y de la sujeción que quieren imponerles las naciones más poderosas.

Todos quieren ser cabeza y como resultado se dan cabezazos. El feminismo y el machismo pugnan por la supremacía. La lucha tan acérrima por los derechos de la mujer y los derechos del hombre, reflejan ese rompimiento del orden divino. Y en el afán de reivindicación y liberación, nadie quiere sujetarse. Al primer intento de imposición se produce la ruptura. Todos quieren ser plenamente soberanos. Todos quieren ser como dioses (Gén 3:1-3).

Aquí no estamos contra los derechos de la mujer y del hombre en sí. Eso ha traído también cosas muy positivas. La culpa no está toda sobre el feminismo que quiere emancipación. También cae sobre el machismo que quiere dominio absoluto o algo cercano a ello, olvidando que el varón tiene también una cabeza. En efecto, exceptuando Dios, todos tenemos una cabeza de la cual depender, todos estamos bajo sujeción por disposición divina, algo que él determinó por derecho soberano. Somos lo que Dios juzga que seamos. Y si como hombres, no asumimos el papel de cabeza que Dios nos asignó en ese orden divino, tal como lo reveló en Cristo nuestra cabeza, entonces estropeamos esa sujeción, y la insubordinación a una mala cabeza deviene por si sola. Desembocamos, así, en la negación de la mujer a cumplir su papel de cuerpo, porque no quiere ser manipulada, manejada, mandada, sometida, subordinada. No quiere sujetarse a una cabeza que tampoco se sujeta a su propia cabeza, que es Cristo y, en última instancia, Dios mismo.

b) La sujeción no degrada, pero produce sufrimiento.

Dios el Hijo está sujeto al Padre, según ya vimos (1 Cor 11:3); aún el Espíritu Santo lo está (Juan 16:13). Os aseguro que el Hijo no puede hacer nada de sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, eso también hace el Hijo (Juan 5:19). La sujeción que el Padre requirió del Hijo, a pesar de someterlo al sufrimiento para nuestra salvación (Heb 2:10), no fue, no es, ni jamás será tirana. Es una sujeción de amor por la que se ligaron ambos antes de la creación del mundo, para redimirlo en caso de que el hombre cayese. Por eso concluyó Jesús diciendo que Dios sujetó a su Hijo a sí porque el Padre ama al Hijo (Juan 5:20). Y al no ejercer su poder para salvar a su Hijo a quien tanto amaba, puede deducirse que el Padre también debió sujetarse a sí mismo, a ese acuerdo que tuvo con el Hijo para salvar esta creación.

Algunos movimientos feministas cristianos creen que el orden divino de cabeza y cuerpo se introdujo después del pecado. Eso no es verdad. La declaración del Génesis sobre el dolor de la mujer al dar a luz y su sujeción al dominio de su marido (Gén 3:16), refleja que, desde entonces, todo el orden divino que va desde las criaturas hasta su Creador, mantiene la sujeción pero con sufrimiento. Aún la naturaleza sobre la que Adán fue puesto como mayordomo iba a rebelarse en cierta medida contra él (Gén 3:17-19). Mientras que antes era una delicia para Eva ser cuerpo de Adán, y para Adán ser cabeza de Eva, después del pecado ambos sufrirían para

mantener ese orden aún sobre la naturaleza. A pesar de eso, Dios se proponía mantener ese orden en un contexto de redención.

Podemos afirmar, con absoluta seguridad, que desde que entró al pecado, toda sujeción exige sufrimiento, en mayor o menor medida, aún en Dios. Por salvar a otros, no sólo Dios, sino también ¡cuántos otros sufren! Tenemos que comprender que no hay salvación sin sufrimiento, en nuestro caso por tener que aprender a convivir con gente pecadora como nosotros, respetando la estructura social y espiritual que Dios estableció en un contexto no perfecto y caído por el pecado. Eso exige abnegación, sacrificio, entrega, sumisión a Dios y fe en su gracia. El orden divino de sumisión—insistamos—es de los hijos a los padres, de la mujer a su marido, del hombre a Cristo quien, a su vez, lo hace partícipe de su plan de salvación y le pone un yugo equivalente al que Dios le puso a él. Lo pesado o ligero de ese yugo en todos nosotros, seamos hombres o mujeres, dependerá de cuán fácil nos resulta amansamos, doblegarnos, sujetarnos, aceptando la voluntad de nuestra Cabeza que es Cristo (Mat 11:28-30).

En esta época de rebelión, todo orden es visto con sospecha. Se lo interpreta como un peligro a la independencia y a la libertad. Hasta pensamos que si podemos sacarnos de encima toda forma de orden vamos a escapar del sufrimiento. Pero el resultado de buscar romper el orden divino es mayor sufrimiento, ya que no puede haber felicidad en el desorden. Sólo cuando nos convertimos al Señor y aceptamos su yugo, su orden divinamente señalado, descubrimos que Dios es bueno, y que su orden también es bueno.

El orden de Dios no rebaja ni degrada a la mujer. Dios sabe lo que creó en ella. El tiene en mente su pleno potencial cuando dice: esposas, estén sujetas a sus maridos (Ef 5:22). Dios quiere que cada mujer sea una persona genuina y sumisa. El lugar que ocupa no es rebajante, sino un lugar de honor, de felicidad, de paz, de poder, aunque ese poder se revele a menudo de otra manera, mediante las cualidades únicas que Dios puso en ellas. Una mujer que captó eso dijo: La posición que Dios ha dado a nuestros esposos no es para degradarnos, sino para nuestro bienestar. Tenemos que sentirnos mimadas por Dios por haber arreglado las cosas de esa manera. El orden de Dios, así, es una expresión de su sabiduría y amor, ya que no hay nada mejor fuera de ese orden [Este párrafo lo copié casi literalmente de lo que lo escribió mi esposa].

Insistamos en que el Hijo, mientras estuvo en este mundo, estuvo sujeto a la voluntad del Padre, aún en el momento cumbre del Getsemaní. El pudo desprenderse, romper el yugo que lo ataba a nuestra pobre y mísera humanidad. Pero nos dio un ejemplo de sujeción a la voluntad divina. Prefirió sufrir antes que desligarse de nosotros, porque nos amaba. Así también Jacob se ligó a su suegro, aún injustamente, porque amaba a Raquel. Moisés, María, aún Agar a quien Dios le ordenó volver a su ama y someterse a ella, todos los grandes hombres y mujeres de Dios, aceptaron igualmente la cuota de sufrimiento que Dios les dio a beber porque amaban a Dios, a su pueblo, la redención divina, y decidieron no salir libres (véase Ex 21:5). Es necesario pasar por muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios (Hech 14:22). Pero si nos aguantamos el yugo del Señor, esto es, si sufrimos, también reinaremos con él (2 Tim 2:12).

Al ascender al cielo Dios dio a su Hijo toda potestad tanto en el cielo como en la tierra (Mat 28:18). Pablo dirá que Dios le sometió 'todas las cosas bajo sus pies' (1 Cor 15:27), exceptuándose a sí mismo porque, como ya vimos, el Padre es cabeza de Cristo pero en él (Dios el Padre) reside la voluntad primera y última. ¿Para qué le sujetó el Padre todas las cosas? Para que, a su debido tiempo, paso a paso, el Hijo terminase sujetándole de nuevo toda la creación, incluyéndose a sí mismo aún sin ser criatura y sin ser inferior en naturaleza (véase Filip 2:5-7). Así, el orden divino se habrá finalmente recuperado para su creación, trayendo una dicha eterna perfecta. Eso no es posible a menos que Dios sea el todo en todos (1 Cor 15:28).

c) Sujeción o sumisión no es competencia ni rivalidad

Nunca se vio al Hijo o al Espíritu Santo compitiendo con el Padre para ganar protagonismo, para ser la cabeza. Por el contrario, ni el Hijo ni el Espíritu Santo hablan por su propia cuenta, sino en concierto, en perfecto acuerdo con el Padre, en una distribución de funciones que convenga a la creación (Jn 5:30; 8:16,29; 10:38; 14:9-11). El Hijo ama al Padre, el Padre ama al Hijo, el Hijo ama al Espíritu Santo, el Espíritu Santo ama al Hijo, el Padre ama al Espíritu Santo, y el Espíritu Santo ama al Padre. No hay rivalidad entre ellos. Nadie puja por ganar o superar al otro. Trabajan juntos para honrar y glorificar la Deidad (Jn 5:23; 8:50; 13:31-32; 16:13-15; 17:1,10), en un modelo de relación para la humanidad (Jn 17:11,20-23). De allí que el amor es tan eterno como la Deidad misma, porque Dios es amor (1 Jn 4:8).

Esta relación divina de unidad en naturaleza y propósito se extiende también al matrimonio, porque así como el Padre y el Hijo son uno en su naturaleza divina (Jn 10:30-33; 17:10; Col 2:9), así también el hombre y la mujer, unidos por el vínculo sagrado del matrimonio, son una sola carne en su naturaleza humana (Gén 2:24; Ef 5:31). Dios forma parte de esa unión, no queda fuera, porque ha compartido con nosotros su naturaleza espiritual, de tal manera que nuestra unidad como seres humanos quede asegurada (véase 2 Ped 1:4). Por eso la relación de Cristo como cabeza de la iglesia es equivalente a la del marido como cabeza de la mujer, obteniendo una sujeción o sumisión tanto del hombre como de la mujer a la cabeza que está por encima de ambos (Ef 5:22ss).

Muchas terapias sicológicas modernas tienden a romper esa unidad y orden establecidos por Dios, porque provienen de mentes y corazones irregenerados que no conocen ni las Escrituras ni el poder de Dios para regenerar la espiritualidad y moralidad humanas. Siendo que muchos problemas mentales se producen como consecuencia de alterarse el orden social divinamente estipulado, en lugar de tratar de componer, los terapistas que no viven una experiencia verdaderamente cristiana no tienen escrúpulos para terminar de romper lo que Dios juntó. Proponen para liberarse una experiencia nueva sin conexión con la anterior, sin vínculo con la familia original.

Se ve a menudo a sicólogos y siquiatras aconsejando a un hombre no seguir lidiando con su mujer, haciéndole ver que el mundo está lleno de mujeres y aconsejándole a buscarse otra, o ir a sacarse las ganas en un prostíbulo. En París, en Bs. As. y en cantidades de lugares del mundo, los que estudian psiquiatría son aconsejados por sus catedráticos ir a un prostíbulo como primer paso para liberarse. No de balde entre los médicos, el mayor índice de divorcios se da entre los que son siquiatras. De allí que muchas terapias modernas no se esfuerzan por arreglar una situación social quebrada por el pecado. Eso les resulta pérdida de tiempo. Y no se dan cuenta ni les importa el saber que de esa manera no arreglan nada tampoco, porque abandonan al hombre o a la mujer, con todo su bagaje interior desquiciado, a una repetición de su experiencia traumática con la nueva persona que encuentren.

En este contexto, propuestas como las de Mario Pereyra con su libro, Psicología del Perdón, no son comunes, y provienen de un reconocimiento del evangelio como fundamento de la verdadera psicología. ¡Sí, se requiere un orden nuevo, una vez que el original se deterioró y quebrantó! Pero un orden que, en esencia, vuelva al original dado por Dios, y produzca una nueva creación sanando las heridas y desgarros del corazón. Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo por medio de Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación. Porque Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no atribuyendo a los hombres sus pecados. Y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación (2 Cor 5:17-19). Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y salvar lo que se había perdido (Luc 19:10). [Véase también, Could it Be This Simple? A Biblical Model for Healing the Mind (2007)].

Volvamos al orden de cabeza y cuerpo. Habrá siempre maridos que se sentirán a gusto con ver a su mujer manejando. ¿Está mal eso? ¿El hecho de ser cabeza niega necesariamente iniciativa a la mujer? ¿No puede haber delegación, dar el gusto, de parte del marido? ¿Qué pasa cuando al hombre le gusta cocinar, viene de su trabajo, y cocina lo que le da la gana en ese momento? ¿Está mal eso también? La sumisión no implica que los dos deben estar siempre de acuerdo. Hay lugar para discutir, y eso no es malo de por sí. Alguien dijo: Si tu siempre estás de acuerdo, uno de los dos está de más, es innecesario.

No es malo estar en desacuerdo. Pero sí es malo hacer una guerra de cada diferencia. Tenemos que aprender a abordar adecuadamente los desacuerdos. Corresponde que consideremos el punto de vista del esposo, de la esposa, y aprender a hacer ajustes o convenios, y luego vivir en esos consentimientos de acuerdo a los caracteres y temperamentos de cada cual, de cada pareja. Así, debe haber libertad para ponerse de acuerdo en la puja de caracteres inicial, en la manera de distribuir las actividades del matrimonio y del hogar.

Aunque cabeza y sumisión son papeles o funciones en un hogar, debe tenerse en cuenta que hay lugar para una variedad infinita al descender a los detalles, en relación a los diferentes temperamentos, habilidades, gustos y disgustos de cada pareja. La pareja que sigue el orden establecido por Dios encuentra que eso facilita la paz y el orden en el hogar. Eso permite que Dios los ayude a ser una esposa o esposo del modo más creativo y logrado posible. Eso construye la amistad de la pareja, sin que desemboque en una competencia que termine destruyendo la armonía y la felicidad.

Está bien, pero..., ¿no tiene todo su límite?¿Qué hacer cuando se llega a un punto en donde no hay acuerdo? Cuando una pareja no se puede poner de acuerdo en algo que no atenta contra la ley de Dios, no es bueno que quede todo sin toma de decisiones. Si el tiempo llega en que una decisión tiene que tomarse, y

todavía no hay acuerdo, le corresponde al hombre tomarla como cabeza del hogar, y a la mujer sujetarse a esa decisión, so pena de entrar en un camino de competencia y rivalidad que arruina el orden que Dios estableció para mantener la unidad. Sumisión no es una orden avasallante y ruda. Es un papel humanitario que produce amor y deja lugar para diferencias individuales y mutuo consentimiento. No es algo que nosotros edificamos en nosotros mismos. Es algo que Cristo obra en nosotros.

Cuando el hombre comienza a competir con su mujer, retrocede en su función. Comienza a tratarla como si ella fuera hombre. También la mujer se endurece cuando compite con el hombre, y lo humilla en su condición de hombre. Todo avasallamiento de la función del otro es destructivo, produce dolor y frustración. El principio de la sujeción deja de ser, en tal caso, un motivo de gozo y paz, sino un acto humillante en donde el uno denigra al otro.

Una mujer dijo: Desde que yo dejé de competir, me sentí extrañamente asombrada de ver la cantidad de veces en que mi esposo tenía razón. Cuando dejé de rivalizar con él, pude apreciar el buen juicio de mi esposo, y ver de cuánta protección significaba para mí su compañía. También descubrí que él se volvió más abierto a mis ideas, y podíamos llegar más fácilmente a un acuerdo.

El gozo de la sumisión es una de las sorpresas de Dios, porque es algo totalmente inesperado que se experimenta cuando la voluntad individual se ve desbaratada o frustrada. En lugar de quedarse con una rabieta, es mejor verla como una señal que confirma el orden de Dios. La experiencia entera da un sentido de bienestar que aquellos que apretan el puño y levantan el brazo nunca llegan a conocer. Es, además, un acto de fe en lo que Dios estableció. Es confiar en que Dios puede cambiar el corazón de un marido y una mujer, aunque en determinado momento no puedan ponerse de acuerdo en gustos y deseos.

Yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros—dice el Eterno—pensamientos de paz y no de mal, para daros el fin que esperáis (Jer 29:11). El orden de Dios de cabeza y sumisión nos ayuda a entrar en ese plan y en ese futuro. Al fin y al cabo, después que su creación se descarrió y gime como consecuencia del abuso del ser humano, Dios la sujetó en esperanza. Porque la creación fue sometida a frustración, no por su propia elección, sino por la voluntad del que la sujetó, con esperanza en la redención final (Rom 8:20).

d) Sumisión o sujeción, más que autoridad, implica responsabilidad

Muchas de las terapias modernas proponen escapismos, no sujeción. Todos quieren escapar a la realidad, a la responsabilidad que los abruma, al temor, a la frustración. Me decía José Drasich, un psicólogo amigo, que en Puerto Rico les aconsejan irse a USA, y en USA les aconsejan volverse a Puerto Rico, a lo que él llama terapia geográfica. Pero el problema lo siguen llevando por doquiera van. Todas pretenden ser terapias de liberación. Pero pocos son los que apuntan a una terapia de sujeción, como la que aconseja la Biblia, la que en el fondo conlleva una liberación mucho más íntima, profunda y abarcante.

Está bien buscar liberarse de situaciones en la vida que no conducen a ningún lado. Hay trabajos y tareas que no se aprecian en determinado lugar, pero que pueden apreciarse en otros. A veces un cambio o mudanza hace bien, aún entre los pastores después de cierto tiempo de estar pastoreando en determinado lugar. Otras veces, sin embargo, se requiere paciencia y aceptación de un servicio que Dios pide, y en donde la sujeción involucra un sentido de responsabilidad.

¿Qué decir con respecto al hogar? Un hombre comienza a entender su llamado a ser cabeza cuando reconoce que él mismo está bajo una cabeza. Es responsable ante alguien que es de más alto grado que él mismo (1 Cor 11:3). Para ser realmente efectivo como cabeza de su esposa y de su familia, debe someterse a la cabeza que es Cristo.

Un liderazgo apropiado se mueve dentro de una cadena de responsabilidad. Si la cadena se rompe en algún eslabón, se menoscaba o deteriora la autoridad. Tal vez el ejemplo del centurión romano puede ayudar a entender la manera en que una cabeza de familia debe ver su posición en su hogar. El le dijo a Jesús: yo soy hombre bajo autoridad y tengo soldados bajo mis órdenes (Mat 8:9). Podría haber dicho: yo soy hombre con autoridad, pero fue suficientemente sabio como para reconocer que como oficial romano estaba alineado en una cadena de comandos que culminaba en el emperador. Así también, en el realmo espiritual, reconoció en Jesús una autoridad alineada en la cadena de comandos de Dios.

La autoridad de Cristo está enraizada en su sumisión a Dios. En su condición humana, su autoridad espiritual sobre Israel y la humanidad descansó en la sagrada vocación que su Padre le había asignado. La autoridad del esposo se incrementa también en proporción a la sumisión que tenga de Cristo. El ordena su familia y ejerce

autoridad sobre ella como representante personal de Cristo. Así como el Señor no obraba ni hablaba por su propia cuenta, sino que hacía y hablaba lo que su Padre le revelaba cada día, así también el marido y padre de familia circunscribe sus preferencias a la Palabra de su Señor.

Paradójicamente, el hombre que quiera ser un esposo y padre de éxito, no pondrá su punto de mira primero en su esposa e hijos, sino en Cristo. El canto de Lutero cuando todo peligraba bajo la opresión medieval refleja este principio en el que Dios está por encima de todo. Que lleven con furor los bienes, vida, honor, los hijos, la mujer, todo ha de perecer; de Dios el reino queda. Dijo el Señor: Si alguno viene a mí, y no me prefiere... a su esposa y a sus hijos..., no puede ser mi discípulo (Luc 14:26). Crisis de empleo por causa del sábado llevan a muchos cabezas de hogar a argumentar que no pueden dejar morir de hambre a su esposa y a sus hijos. No parecieran captar que al desprenderse de Dios no podrán afirmar ni a su esposa ni a sus hijos tampoco. Olvidan que sin pruebas jamás podrían ser hombres de fe, ni ver nunca la mano poderosa de Dios que se extiende en el momento en que más lo necesitan. ¿Qué clase de marido o padre llegará a ser mostrándose cobarde y falto de consagración y fe?

Si el hombre pierde su situación personal bajo Cristo, pierde pie como esposo y padre. Puede estar ansioso y hacer gran esfuerzo para ser un esposo modelo en muchos respectos. Pero si no está viviendo en sumisión a la autoridad de Cristo, está construyendo sobre la arena. Una esposa no tiene piso firme para someterse a la autoridad de su esposo, si él mismo no está bajo autoridad. Si él Eterno no edifica la casa, en vano trabajan los edificadores (Sal 127:1).

Así también, una verdadera terapia familiar no pondrá la liberación en primer plano, sino a Cristo. La liberación es necesaria, pero no debe transformarse en una obsesión. No debe llevar a desprenderse de la familia. La sumisión a la autoridad se prueba siempre cuando se llega a un punto donde no se quiere obedecer. Si siempre se estuviese de acuerdo con la cabeza bajo la cual todos estamos, sea del marido, de Cristo, o aún de las autoridades terrenales y eclesiásticas, nunca tendríamos una prueba de sumisión. Pero nos damos cuenta si somos realmente sumisos o tenemos una relación de conveniencia cuando no queremos hacer algo que el cuerpo determina, sin excluir la cabeza mayor que es Cristo y que obra a través de sus providencias y la Palabra de Dios.

Nuestro yerno y nuestra hija están en una institución adventista que se levantó en un precioso lugar de Idaho. Fueron llamados hace más de dos meses ya, como preceptora ella de 16 niñas jóvenes adolescentes (de 12 a 17 años), y él de otros 16 jóvenes adolescentes de la misma edad. Trabajan en esa institución diferentes profesionales. Esa institución se llama Project Patch, nombre que conlleva las siglas de Plan Assistance for Troubled Children. El creador de ese proyecto fue el Pr. Tom Sanford. Pueden ver la foto de él y de su esposa, así como más detalles de esa institución, en http://www.projectpatch.org/

Recientemente, con el apoyo de las Asociaciones de Oregon y Washington, han conseguido otro terreno en el estado de Washington (para los extranjeros aclaro que no se trata de Washington DC, la capital de este país, sino del estado que está al noroeste de USA). Mientras que la primera institución que fundó Sanford se dedicó a ayudar a jóvenes con problemas de drogas, baja estima, abusos en sus hogares, y crisis equivalentes; la segunda institución que están por fundar tendrá la misión de recibir a familias enteras. Como nos escribe nuestra hija: En Washington va a ser para toda la familia, porque la filosofía es que cuando uno está mal, todo el resto también lo está, porque ese alteró al resto, o el resto lo alteró a él.

Sanford escribió dos libros, sigue contándonos nuestra hija. El primero es su autobiografía titulada: 'From a childhood of abuse, to a ministry of healing'. El segundo libro (pienso) abordará la filosofía de la segunda institución. Es para ayudar a padres con sus hijos titulado: 'If parenting is a three ring circus, how come I'm not the ringmaster?' Sólo durante este verano, Sanford vendió cerca de 200.000 de sus dos libros. No sólo ayuda a varias familias con este libro, sino que le hace propaganda a Patch.

Sólo la existencia de dos instituciones tales, en especial la última, nos muestra la tremenda responsabilidad que tiene el ser cabeza del cuerpo que es la esposa y, cuando vienen los hijos, de ellos también. La sociedad de la familia es una cadena de responsabilidades. Todo escapismo de una de sus partes produce traumas que afectan a todo el cuerpo. La mujer o el hijo que piense que es más fácil y agradable tener la responsabilidad de tomar una decisión cuando no hay acuerdo, antes que someterse a la cabeza y padre del hogar, probablemente nunca supo lo que es tener una responsabilidad. Nuevamente, todos estamos bajo sujeción, y todos tenemos que aprender a llevar las cargas de la vida.

Recuerdo cuando estudiaba teología y se acercaba mi casamiento. Tenía un culto personal diario que duraba una hora y media. Comenzaba cantando un himno del himnario en mi cuarto, luego me arrodillaba y oraba.

Seguidamente meditaba en algún pasaje bíblico, y la mayor parte la dedicaba a leer libros del Espíritu de Profecía. Luego cantaba otro himno, a veces de rodillas frente a mi cama, y concluía con una oración. Esto lo hacía de tardecita. Un día vino mi padre contento porque le habían contado que había predicado a los pacientes del hospital adventista (la primera vez que predicaba allí). Pero al entrar a mi cuarto a contarme lo que le dijeron y verme con un rostro místico se le cuajó algo la cara. Reflexivo me dijo: Está bien. Aprovechá ahora a vivir en la estratósfera. Pero llegará el día en que te vas a casar y tu esposa te va a hacer poner los pies en tierra, y vas a tener que aprender a hacerle caso.

Unos días antes le había dicho a mi padre que si él dedicase más tiempo a orar le iba a ir mejor con los problemas financieros de la institución que gerenteaba. Me miró con lástima y me dijo: ¡Qué sabés vos lo que es llevar las cargas de una institución como ésta! Era el gerente de lo que hoy es la Universidad Adventista del Plata. Tenía un presidente (cabeza de la institución), que la hacía avanzar a empujones y rompía constantemente los presupuestos iniciales. Cierta vez lo oí decir: Voy a ponerme pantalones cortos y me voy a ir al Amazonas para abrir caminos con un machete y hacer obra entre los aborígenes que encuentre en el lugar. ¿A cuántos no nos pasa eso en determinado momento de la vida en la labor que realizamos? ¿A cuántas esposas y maridos e hijos no les pasa que quieren escapar para cualquier lado cuando llega el momento en que se encuentran frente a frente con la sumisión? Pero todos estamos trabados en sujeción a un orden establecido por Dios, y cada uno tiene su grado de responsabilidad. Ningún eslabón está de más.

Moisés eligió antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar los deleites temporales del pecado, y consideró que el vituperio de Cristo es mayor riqueza que los tesoros egipcios, porque miraba el galardón (Heb 11:25-26). ¡Cuántos hombres de fe, continúa Pablo, sacaron fuerza de la debilidad..., fueron torturados y rehusaron ser rescatados [liberación], para alcanzar mejor resurrección...[!] Otros experimentaron vituperios y azotes, cadenas y prisiones, fueron apedreados, aserrados, tentados, muertos a espada, anduvieron de acá para allá..., pobres, angustiados, maltratados. ¡Hombres de los cuales el mundo no era digno!, pero al fin y al cabo, hombres de fe que aguardaban la recompensa final y se aguantaron en el puesto que Dios les había asignado (Heb 11:34ss).

¡Sí, hasta el mismo Hijo de Dios tuvo que sujetarse! ¡Qué sentido de responsabilidad el suyo! El Padre y el Hijo se comprometieron en un pacto de salvar esta creación que no pudo ser quebrantado. La cruz de Cristo revela al mismo tiempo dolor y liberación. Toda alma frustrada allí encuentra poder para liberarse a sí misma, de sus dolores, de sus amargos desencantos ante esposas o maridos infieles, de todo sufrimiento que el resquebrajamiento del orden social divino produce. Allí encuentra también una razón más para sujetarse a las providencias divinas que permitieron que tantas cosas les hayan sucedido. Y allí nace también una misión redentora, llena de fe, de gracia y perdón. ¡Qué canto precioso cantaba años atrás en el antiguo CAP Francisco Priano, pastor miembro también de esta red pastoral! Pudo llamar para librarse, ángeles santos, más de diez mil. Más su vida dio por ti y por mi.

e) Sumisión o sujeción es señal de pertenencia e identidad

Si alguien escribiera un libro titulado Terapia o Psicología de la sumisión no tendría éxito. El estrés de la vida moderna, sus tensiones, producen agotamiento y la gente quiere cualquier cosa que la libere. El divorcio como medio de liberarse de las tensiones del matrimonio, lamentablemente, es uno de los recursos más comunes, sin percatarse de que tal recurso es, las más de las veces, más un espejismo que una necesidad. No habrá real liberación. Entre las cosas que se perderán estará el sentido de pertenencia e identidad, y todos los beneficios que trae consigo.

Antiguamente una mujer sin dueño era una desgracia, era como no tener identidad (Isa 4:1). O pertenecía al padre, al amo, o al marido que debía pagar por ella al padre o al amo para que le pertenezca (Gén 29, 34; Ex 21, etc). El marido contraía, así, obligaciones que consistían en darle alimento, vestido, y el deber conyugal (Ex 21:10). De no cumplir con ninguna de esas tres cosas, la mujer podía salir libre [lo que implicaba normalmente volver a sus padres o hermanos], sin que su familia original necesitase pagar por su rescate (v.11). Si la mujer le era infiel, corría el riesgo de ser desechada y perder su identidad. Una mujer sin identidad, en principio, no tenía en el mundo antiguo casi otra alternativa que la prostitución para poder sobrevivir (Os 2).

Hoy también la mujer que se casa adquiere pertenencia e identidad. Decimos mi esposa o mi marido, con lo que damos a entender implícitamente que es nuestra, no de ningún otro. Eso implica también darle alimento, vestido, y cumplir con el deber conyugal. ¿En qué consiste el deber conyugal? En darse el uno al otro, pues se

pertenecen (1 Cor 7:3). La mujer no tiene potestad de su propio cuerpo, sino el esposo. De igual modo, el esposo no tiene potestad de su propio cuerpo, sino la esposa. No os privéis el uno al otro (v. 4-5). Si una mujer o un hombre espera fidelidad de su cónyuge, no debe contentarse con la espiritualidad y fe del otro, sino complacerlo también brindándole su amor, para que pueda sentirse plenamente realizado.

La relación de cabeza y cuerpo es más fuerte aún para resaltar el vínculo de pertenencia e identidad. El esposo debe amar a su esposa como a su mismo cuerpo. El que ama a su esposa, se ama a sí mismo. Porque nadie odió jamás a su propia carne, antes la nutre y la cuida (Ef 5:28-29). Por eso, insiste el apóstol, cada uno de vosotros ame también a su esposa como a sí mismo. Y la mujer respete a su esposo (v. 33).

Hablamos de mi mano, de mi cuerpo. Desde la perspectiva filosófica existencialista no tenemos cuerpo, sino que somos nuestro cuerpo. Pero en esencia, si alguien nos corta una mano, nos quita algo que era nuestro. Así también, el rompimiento del vínculo del matrimonio produce algo parecido. Dios quiso demostrar ese principio de pertenencia haciendo la mujer de la costilla del hombre (Gén 2). Cuando se produce la separación en el matrimonio, hay una especie de amputación de lo que había llegado a ser un solo cuerpo, y eso acarrea toda una serie de secuelas que priva el pleno desarrollo tanto de la mujer como del hombre. Ambos, separados, se vuelven handicaps, esto es, lisiados, paralíticos, cojos, mancos. ¿Para qué vivir así, cuando se podría vivir la vida plena en mutuo entendimiento y felicidad, y con todos los miembros en plena actividad? Dios, quien creó el matrimonio, garantiza la felicidad del hogar si ambas partes se lo proponen en nombre del Creador y del Redentor que los hizo.

El Hijo también se sujetó al Padre, y eso garantizó su identidad y protección divinas. La primera vez que Jesús reveló su identidad fue a los 12 años en el templo. Mostró entonces a sus padres terrenales, con mucha delicadeza, que su identidad con su Padre celestial estaba primero. Dijo: ¿No sabíais que en los asuntos de *mi Padre* tenía que estar? (Luc 2:49). Cuando 18 años después fue bautizado en el río Jordán, su Padre hizo resaltar la pertenencia que tenía sobre Jesús: Este es *mi hijo* amado en quien me complazco (Mat 3:17). Jesús, nuestra cabeza, fue Hijo de Dios por nacimiento (Luc 1:35), por bautismo (Mat 3:17), y con poder por la resurrección de entre los muertos (Rom 1:4). Ese sentido de pertenencia e identidad divina se extiende a la tercera persona de la trinidad. El Espíritu Santo es el Espíritu *de* Dios (1 Cor 3:16) y el Espíritu *de* Cristo (Rom 8:9), y a su vez, el Espíritu Santo engendró al Hijo (Luc 1:35).

¿Por qué es conveniente la sujeción en el matrimonio? Porque sin sujeción no hay pertenencia, y Dios sabía que no es bueno que el hombre esté solo, que necesitaba una ayuda idónea (Gén 2:18). ¡Cuántas veces los que rompen lanzas con su mujer descubren, a menudo demasiado tarde, lo que han perdido! No tener a alguien con quien compartir los sueños, los problemas, encontrar fortaleza y comprensión cuando no se la encuentra fuera, amor, cariño, sosiego. Se nos irían la páginas describiendo las virtudes de vivir juntos en matrimonio.

¿De cuánta ayuda idónea podrá ser la mujer para cada cual? Dependerá de la disposición de cada uno a pertenecerse y luchar por el mismo ideal. Deben, por consiguiente, compartir sus sueños, sus proyectos. Debe haber una intimidad en la cual nadie de afuera entre y, como ya vimos, no privarse el uno al otro. ¿Cómo se sintió Samsón cuando fue engañado varias veces con respecto al secreto de su fuerza? El tenía cierto sentido de pertenencia, pero no su mujer, porque se había casado con una extraña. Se requiere, por consiguiente, que la pareja aúne sus esfuerzos en una misma dirección y respete el secreto conyugal. Una de las cosas que más hiere al otro es verse defraudado en la confianza otorgada a su cónyuge.

Lamentablemente, encontramos hoy que los ideales del hombre y de la mujer a menudo se bifurcan, y esto puede conducir a la separación. En USA a menudo el hombre termina doblegándose a la mujer que no se quiere mover de su lugar porque consiguió un buen trabajo para ella. Para su mujer, ir a donde el marido consiguió un mejor puesto y que lo hará sentirse realizado, ¡jamás! Ella lucha por su posición y no le importa la posición de su marido, ni tampoco muchas veces, aún la educación de sus hijos. También en muchos países modernos la gente se junta sin compartir su identidad porque no quiere tener hijos. La mujer prefiere cada vez más guardar su nombre de soltera dadas las implicaciones legales que una separación posterior podría implicar.

Cuando estábamos en Estrasburgo, Francia, le faltó a mis esposa únicamente hacer su tesis doctoral para obtener el título de Doctora en Geografía. En esa época yo estaba preparando mi tesis doctoral para ser doctor en teología. Pero tuvimos una hijita, y esa hijita llegó a compartir nuestra mutua pertenencia. Recuerdo cuando la tenía en un brazo hablándome, bien pequeña, mientras yo leía. Pero los niños desde bien chicos captan cuando se les da atención y cuándo no. De repente me tomaba por el mentón fuerte y desviaba mi cara para que la mirase mientras seguía hablándome, porque captaba que no le estaba dando la atención que ella quería de mí. Probamos dejarla en un lugar donde cuidaban niños, pero mi esposa decidió finalmente renunciar a su

doctorado. Preparar una tesis iba a ser demasiado absorbente, y dejar la hijita al cuidado de otros le parecía un pecado. Ella se dijo: Vinimos acá para que mi marido haga un doctorado. Si yo puedo, bien. Pero es él quien tiene que salir en primer lugar adelante, y yo apoyarlo. Por tal razón, abandonó su carrera.

Dios nos adoptó en Cristo, su Hijo, como hijos adoptivos (Rom 8). Si la pareja tiene conciencia de ello, y cree realmente en Dios, no sufrirá problemas de inseguridad en el matrimonio. El sentido de pertenencia a Dios, la identidad que Dios da a través del Espíritu Santo y de Su Palabra, trae estabilidad. El vínculo inquebrantable que une al Padre, al Hijo, y al Espíritu Santo, se extiende hacia los hijos adoptivos que somos nosotros, y eso produce confianza, paz, seguridad. De allí que jamás una pareja que se ha comprometido con Cristo mediante el bautismo, amenazará con el divorcio o la separación cuando aparece una confrontación de intereses que no implique infidelidad. La pertenencia e identidad que ambos se han dado estará tan arraigada en su conciencia que la idea de separación simplemente no existe. Son uno entre ellos así como son uno con Cristo y lo fue el Hijo con el Padre.

El marido no tiene que preocuparse excesivamente por cómo va a responder su esposa a su liderazgo. Eso le concierne menos al esposo que lo que le concierne a Cristo, ya que él está sujeto a alguien superior que es su cabeza, el Señor. Si ella rechaza su liderazgo, el marido deberá pasar más tiempo en oración. Ese tiempo en oración puede llevarlo también a ubicarse él mismo en su debido lugar. Me dijo una vez el Pr. Luis Pérez, quien me inició en la tarea pastoral (cuando cierta vez yo estaba descontento por cierta situación con otro colega que había sido pastor antes que yo en el distrito en el que me encontraba, y no tenía el más mínimo sentido de la ética pastoral): "Si tú te ubicas, ubicas a todos los demás. Pero si te desajustas, desajustas también a todos los demás". Si la familia se desajusta por intromisiones de afuera, o por cualquiera cosa que sea, la oración es un arma poderosa para restablecer y consolidar la unión. Porque el Espíritu de Dios se mueve obrando en las conciencias y corazones de todos los que se someten a su influencia.

Con los años descubrimos con mi esposa que las confrontaciones más fuertes las teníamos cuando estábamos cansados, o cuando teníamos que viajar, con el tiempo apremiándonos para tener todo listo en su momento. Eso jamás implicó una amenaza de separación. Con el tiempo, reflexionando, descubrimos la falla, y decidimos posponer toda discusión sobre algún punto en el que no estuviésemos de acuerdo para cuando nos sintiésemos más reposados. También decidimos ejercer especial cuidado en las palabras y actitudes antes de partir.

Cierta vez debía viajar manejando ocho horas un viernes de tarde para comenzar una semana de conferencias al día siguiente. El sol se ponía cuando ya estaba en la autopista de New Jersey y decidí detenerme en un área de descanso para llamarla por teléfono (no tenía entonces un celular). Le dije: "Perdóname, querida, por las palabras que te dije. El sol se está poniendo, y quiero que tanto tú como yo tengamos un buen sábado en comunión con el Señor. ¿Cómo podría predicar sin dejar contigo atrás ese momento nervioso que tuvimos antes de partir yo?" Tiempo después me dijo que el Espíritu de Dios sin duda me tocó para llamarla, porque no estaba pudiendo librarse de los malos sentimientos con los que la había dejado.

Las santas mujeres que esperaban en Dios estaban *sujetas a sus esposos*... Sara *obedecía a Abrahán*, y lo llamaba señor [que conllevaba un sentido de pertenencia]. Vosotras sois sus hijas, si obráis el bien y no teméis nada. Vosotros, maridos, de igual modo sed considerados con vuestras esposas, y tratadlas con respeto, como a *la compañera más frágil, coheredera de la gracia de la vida, para que vuestras oraciones no sean impedidas* (1 Ped 3:5-7).

f) Sujeción o sumisión implica estabilidad

Hace unos meses atrás casé a mi hijo Daniel con Marla. Siendo que él apreciaba grandemente a un profesor de psicología que era también pastor, la ceremonia fue compartida. El mensaje principal lo dio ese profesor, y yo dí un corto mensaje y tuve la bendición de la pareja. Pensé al darles el mensaje, ¿qué podría decirles en tan pocas palabras sobre el valor de la unión que estaban teniendo, y la garantía que podrían tener de vivir siempre unidos? La única garantía es que le permitan al Señor ser la cabeza del hogar, estándole sumisos a través de la oración y tomando la Biblia como su alimento diario.

Las estadísticas revelan que los hijos de padres separados son más propensos a repetir la experiencia de sus padres cuando se casan. Esto no significa que no haya quienes no sigan ese ejemplo de sus padres, y afirmen su corazón en su cónyuge. Pero la pregunta pertinente es cómo asegurar un matrimonio, qué garantía podemos tener de mantenernos unidos. Pienso que es la misma garantía que podemos tener también con respecto a nuestra salvación y fidelidad a Dios.

Cuando vivíamos en Estrasburgo, ciudad que separa a Francia de Alemania, podíamos mirar tres canales alemanes además de los tres franceses. En aquella época no existía el cable TV ni tampoco las antenas digitales. Nos gustaba mirar los cantos populares (folcklores) alemanes. En uno de ellos cantaban un hombre y una mujer, diciéndose el uno al otro: Du bist mein, ich bin deine. Pero en esta época moderna, equiparada a la que existió en los días anteriores al diluvio, muchos se preguntan por cuánto tiempo.

En Puerto Rico me mostró un viejo amigo de Chile un video de su familia filmado en una reunión que habían tenido no hacía mucho. Su padre había sido pastor pero había sido retirado del ministerio por adulterio. Aunque él se mantuvo ligado a su esposa, casi todos sus hijos se casaron más de una vez. En el video, mi amigo me decía: Esa es la hija de mi hermano con su primera mujer. Ese es su hijo de su segunda mujer. Esa es mi hija que está con mi esposa anterior..., etc. Al terminar de ver el video, la madre (esposa de ese ex-pastor) dijo emocionada: ¡somos una familia tan unida! ...

Entre los Amich, una sociedad evangélica de USA que ha rechazado en su mayor parte la civilización, la cohesión familiar es sumamente fuerte. No miran TV, andan en carros tirados por caballos, viven en comunidad, no usan seguro de nada. Si a alguien le pasa algo, toda la comunidad, como un solo hombre, lo socorre. Si un temporal destruyó una casa, vienen todos y en una semana le construyen otra. Los lazos de toda la familia (abuelos, hijos, nietos y hasta bisnietos), más la sociedad mayor (tíos, primos, segundos y terceros), juegan un papel importante de tal manera que no existen prácticamente divorcios entre ellos. Han cerrado en la vestimenta y costumbres todo incentivo posible que la vida moderna pone para romper la estructura del hogar. Aunque no necesitamos llegar a todos los extremos que esa gente vive de rechazo a la vida moderna, ciertos principios sirven, como por ejemplo, el esfuerzo de toda una familia, aún la familia más grande de la iglesia, para formar vínculos sólidos y estables.

Lo que da más cohesión y firmeza a una pareja, a un hogar, a una familia, es el vínculo del amor. Es a través de ese vínculo que Dios atrae a sus hijos. Con cuerdas de bondad humana los traje, con lazos de amor, dice el Señor (Os 11:4). Aún así, el dolor de un amor no correspondido que un padre y una madre puede tener, un marido o mujer, un hijo o hija, es el dolor que el Padre celestial tiene con tantos hijos ingratos. A lo suyo vino, pero los suyos no lo recibieron (Jn 1:11). El amor de Dios es eterno, y su paciencia excede todo límite imaginario, como se ve en la parábola del hijo pródigo, con el padre esperando el regreso de su hijo ingrato. Con amor eterno te he amado, por eso te atraje con bondad (Jer 11:3), dice el Señor. ¡Cuántos maridos, cuántas esposas, sueñan aún con el regreso de su ser querido! Como la Zulamita del *Cantar de los Cantares*, que se angustia cuando no ve a su amado, y pide que le digan (¿quién podrá decírselo con tanta ansiedad como la que tiene?), ¡cuánto lo quiere...!

En *El Cantar de los Cantares*, el rey Salomón ilustró el deseo de ganar el afecto de su amada Zulamita de una manera tan estable como un sello sobre su corazón (Cant 8:6). Recurrió a esa figura, sin duda, por el hecho de estar conciente de cuán voluble y cambiable es el corazón de los seres humanos (Jer 17:9). Así también, el corazón humano que entrega su voluntad y sus afectos al Señor busca ser confiable, busca estabilidad. El único ser que puede afirmar ese corazón que por naturaleza es tan engañoso y contradictorio, es el Espíritu de Dios, sellando el amor divino en el corazón y guardándolo para el día de la redención final (Ef 4:30).

Dios es el que nos confirma con vosotros en Cristo, y el que... también *nos selló*, y *puso en nuestro corazón la garantía de su Espíritu* (2 Cor 1:22). Así como no debemos vivir angustiados por saber si vamos a ser salvos, sino confiar en la fidelidad de Dios que no solamente inició su obra en nosotros, sino que también la terminará (1 Cor 10:13; Filip 1:6; 1 Tes 5:24; 2 Tes 3:3; Heb 10:23); así tampoco no debemos vivir angustiados por saber si nuestro matrimonio podrá permanecer. Tenemos que creer en Dios y tener fe. El nos dio la garantía de su Espíritu, que confirma nuestra pertenencia a Cristo (Rom 8:16; 1 Juan 2:20,28; véase 1 Cor 2:14-15). Esto lo hace el Espíritu Santo escribiendo la Ley de Dios en nuestros corazones (2 Cor 3:3).

Al saber que no somos confiables por naturaleza, corremos el riesgo de terminar desconfiando de todo, de nuestra esposa, de nuestros hijos, de todos nuestros semejantes. Pero nuestra confianza no debe ser puesta en nosotros, sino en el Señor, porque él es el fuerte, el Todopoderoso. En él hay firmeza. El es nuestra Roca de salvación. Si la mirada de la pareja permanece en él y confía en su gracia y amor, nada podrá separarlos. En él vosotros también, *después de oír la Palabra de la verdad*, el evangelio de vuestra salvación, fuisteis incluidos en Cristo. Y habiendo creído, *fuisteis sellados con el Espíritu Santo* prometido, que es *la garantía de nuestra herencia, hasta que lleguemos a poseerla*, para alabanza de su gloria (Ef 1:13-14). El sello de afirmación que

Dios pone en el corazón del creyente a través de su Espíritu es su Ley. Dios afirma nuestros corazones escribiendo sus mandamientos en nuestra mente y en nuestro corazón (2 Cor 3:3; Isa 8:16).

¿Qué aplicación puede tener esto para el matrimonio? Un matrimonio joven se vio lastimado por la infidelidad del marido. Se separaron y el marido insistió en volver diciéndole a su mujer: "Para poder comenzar de nuevo tenemos que tener una fe ciega en el otro, porque de lo contrario vamos a tener problemas otra vez". La vida siguió su curso y se pudo ver que esa fórmula no sirvió. No, no debemos tener una fe ciega en el otro, no dar excesiva confianza. Tampoco debemos caer en un celo exagerado, y andar espiando todo el tiempo al compañero o compañera para ver si se mantiene fiel o no. Debemos simplemente obrar como cristianos maduros, sabiendo que todos somos por naturaleza pecadores, y no hay nadie infalible.

En la vida de todo matrimonio, más aún en esta época relajada moralmente, tanto el hombre como la mujer estarán recibiendo mensajes e incentivos de mil maneras para ensuciar la mente y el corazón. Esto hace que la infidelidad esté a la orden del día, dividiendo el corazón. Tanto el hombre como la mujer deben cuidar de no exponer innecesariamente al otro a situaciones de peligro, ya que como seres humanos caídos, podemos contristar al Espíritu de Dios (Ef 4:30). Con el tiempo hasta se puede cometer el pecado imperdonable de rechazar el Espíritu Santo, el único ser que puede cambiar el corazón (Mat 12:31-32; Heb 6:4-6; 10:26-29).

Un amigo de estudiante a quien no veía por muchos años, me contó que mientras estaba colportando tuvo la oportunidad de enseñar en un colegio secundario en otra provincia de Argentina. Se fue y volvía los fines de semana. Mientras tanto le pidió a otro colportor que ayudara a su esposa a entregar los libros que la gente le había encargado. Se tentaron (continuó contándome mi amigo), y cayeron en adulterio. Yo lo escuchaba atónito. ¿Seremos suficientemente enfáticos si exhortamos a mantener cierta distancia prudencial con el sexo opuesto, un recato y reserva discretos, como para no dar lugar a malas interpretaciones? No hagamos bienes que parezcan males, dice el refrán. Otro dicho dice que el camino al infierno está plagado de buenas intenciones. No debe haber excesiva familiaridad con personas de otro sexo. Toda persona, sea hombre o mujer, debe ayudar a su cónyuge a no contristar al Espíritu Santo y asegurar así, la fidelidad, la paz y la felicidad del hogar.

En cuanto a Dios y su Palabra se refiere, "el fundamento de Dios permanece firme y tiene este sello: 'El Señor conoce a los suyos'" (2 Tim 2:19). El que no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él (Rom 8:9úp). Así como el sello del rey de Medo-Persia y de sus príncipes debió ser puesto sobre la piedra del foso de los leones donde arrojaron a Daniel, para que no se moviese (Dan 6:17), ni se pudiese revocar la sentencia (Est 8:8); así también el sello que Dios quiere poner sobre sus hijos tiene que ver con la fidelidad en guardar sus mandamientos, de tal manera que construyan hogares estables, firmes, sin que puedan ser removidos. Sujetaos [o someteos] a Dios. Resistid al diablo, y él huirá de vosotros... Vosotros, los de doble ánimo, purificad vuestro corazón... Humillaos ante el Señor (Sant 4:7-10), es el mandato de Aquel que quiere poner su sello de fidelidad sobre nuestro corazón. Ese sello dice, entre otras cosas: "no cometerás adulterio", y "no codiciarás la mujer de tu prójimo" (Ex 20:14,17).

Un liderazgo que edifique

"María Cristina te quiere gobernar", repetía vez tras vez un canto popular que se escuchaba por la radio. ¿Cómo interpretaríamos un canto tal? ¿Se trataba de un llamado al machismo? ¿Era una provocación para imponerse a la mujer por la fuerza? ¿Se trataba de tocar el amor propio del hombre para que no le permitiese a su mujer reaccionar enérgicamente porque su marido no se ajusta al hogar, como si fuese de su arbitrio el poder tener la vida que quisiese fuera de su matrimonio sin que su esposa tenga derecho de quejarse?

Hay estructuras sociales en diferentes épocas y culturas que inciden en la forma de conducir el hogar. W. Goets, en su *Historia Universal*, III, 9, describió la sociedad en la época en que la Iglesia Católica imperó a través de papas y reyes en toda Europa, de la siguiente manera: "Románticos e ilusos han celebrado la Edad Media como una edad de oro. Nunca fue la Edad Media lo que se ha dicho de ella... La concepción medieval del universo no dio la paz a los pueblos occidentales, ni tampoco pudo impedir las sinrazones y las violencias en la vida diaria... Desenvolviose por doquiera una división de clases y estamentos con rigurosa jerarquía, con servidumbre del débil bajo el fuerte..., con desenfrenados instintos en los grandes como en los pequeños. *El número de las mujeres que en la Edad Media fueron sencillamente muertas o brutalmente repudiadas por sus maridos, desde los príncipes hasta los aldeanos, es infinito*; y cuando el Derecho regía regularmente, este Derecho era verdaderamente bárbaro en la imposición de la pena. La Iglesia no consiguió educar en una vida ideal ni a los legos ni a sus propios servidores. La crónica escandalosa de la Edad Media en lo referente a

clérigos y claustros es de considerable extensión. El Estado y la Iglesia no condujeron a la Humanidad a su salvación, sino que se complicaron uno y otra... conduciendo al envenenamiento de la vida y a desmedidas pretensiones de ambas partes. En estas luchas y sus consecuencias arruinéronse el imperio y el pontificado de la Edad Media".

a) Abusos de poder

Las democracias protestantes y seculares terminaron rompiendo esa jerarquía o estructura medieval que permitía al hombre, a la autoridad religiosa y civil, abusar impunemente de mujeres, hijos y subalternos. Los abusos de poder se sancionan hoy tanto en gobernantes como en súbditos. La manera en que actúa la policía en USA en casos de abusos por parte del hombre a su mujer o a sus hijos, es digna de consideración. El año pasado estaba comiendo en la casa de una familia colombiana en Charlotte, cuando la hijita de unos nueve años, al escuchar la conversación que teníamos los mayores sobre las costumbres de este país, comenzó a decir: "Ah, sí, si mis padres me pegan yo puedo denunciarlos, tengo que decirlo a la maestra en la escuela...", junto con otras instrucciones adicionales que nos dejaron atónitos por cómo los sabía.

Me ha tocado ir a defender a padres para que no les quiten los hijos, por haber sido denunciados al descubrir la maestra una marca de castigo en ellos. En un caso el marido no quería que yo fuese, pero su mujer sí. Nos sentamos en una mesa frente a un hombre y una mujer que debían dirigir la sesión. Otro hombre de más edad quedó sentado en un rincón, fuera de la mesa, escuchando. Era el que iba a tener la última palabra. Yo aduje que ella es maestra de niños en la iglesia, y que es apreciada por todos por la labor que hace. Si había castigado a su hija fue en un momento sumamente especial [no dije nada que ella estaba pasando por una crisis con su marido que estaba saliendo con otra, porque hubiera logrado cierta comprensión hacia ella, pero levantado cuestionamientos sobre la real atención que podría brindar a sus niños]. Prometí al mismo tiempo visitarla e instruirla acerca de cómo tratar a sus hijos. Les hablé también de la cultura diferente y que tendrían que irse adaptando de a poco a la cultura de este país, a medida que conociesen mejor sus leyes. Finalmente el del rincón intervino y dio su sentencia: "Se le permitirá estar con sus hijos, pero su pastor tendrá que visitarla por lo menos cuatro veces en este mes para instruirla. Una visitadora social va a visitarla dos veces en el mismo tiempo, para asegurarse de que las cosas están yendo bien". A ella le dijeron que hay muchas maneras de ajustar a los niños, pero que no recurriese a un castigo corporal que les dejase marcas porque en este país eso es considerado violencia doméstica.

Hace dos años llamé a la jefatura y me atendió una mujer policía. La consulté para conocer las instancias legales en el caso de una mujer que le era abiertamente infiel a su marido, pero que se negaba a irse de la casa. Si el hombre se va, ella puede denunciarlo y debe mantenerla, y por eso él no se iba. Mi pregunta a la mujer policía era si él podía denunciarla o había algún medio por el cual él pudiese defenderse. Me preguntó si él le había pegado y dejado marcas. Le dije que no, que era una persona religiosa y que muy difícilmente iba a hacer algo así. Me respondió, sin dejarse impresionar por mi testimonio: "Ella va a provocarlo para que le pegue, para poder denunciarlo luego". Volví a insistirle que en otros casos podía pasar, pero no en este caso porque se trataba de un líder en la iglesia y respetado por todos. Volvió a profetizarme, sin inmutarse, que él iba a terminar pegándole. Al día siguiente hablé con el hermano y me confesó que ya le había pegado y estaba preocupado porque le había dejado marcas.

La liberación de un estado de abuso medieval (tan contrario éste al evangelio y las exhortaciones apostólicas), ha llevado a tales sociedades liberadas demasiado a menudo a irse al otro extremo. Y como resultado no falta la denunciación de tales extremos como un intento de vindicar la época anterior. Un marido en Puerto Rico, llegó a su casa lo más bien, para toparse con dos policías que lo aguardaban para decirle que no podía entrar. Su esposa lo había denunciado y había solicitado protección a la policía, acusándolo de abusador (algo no cierto). Y la autoridad civil la protegió de ese presunto abuso. Esto nos muestra que ninguna sociedad podrá otorgar por la ley un orden completamente justo. De allí la necesidad de una religión pura que gobierne la mente y el corazón de las personas, de tal manera que se sujeten voluntariamente el uno al otro bajo el vínculo del amor.

Hace tres sábados me informaron que una esposa no vino a la iglesia, según pude saber después, porque no quería que la vieran con las marcas que le había dejado el marido. Le había pegado porque se negaba a tener relaciones sexuales con él. Ella llamó a la policía, la que convino con ambos en permitirles seguir viviendo juntos, pero requiriendo que tomasen consejería matrimonial. Es notable cómo la policía en este país tiene tantos

recursos y, a su vez, posiciones tan definidas para tratar con casos de abusos de poder. Le hicieron saber al marido que si él volvía a pegarle, y ella lo denunciaba, le iban a prohibir acercase a su hogar.

Ya vimos que en la época del Antiguo Testamento, la mujer era una propiedad como, en esencia, lo sigue siendo hoy. Era del padre o del marido que la había comprado. También podía ser comprada como lo eran los siervos cuando caían en desgracia y no podían valerse por sí mismos, no estaban en condiciones de competir en la lucha de la vida. En una sociedad más simple, esa podía ser una medida equivalente al seguro social que ofrecen muchos países hoy. En otras palabras, la mujer no era libre. Debía permanecer en sujeción al hombre. Una excepción se dio con las hijas de Zelofehad, que requirió una consulta legal a Moisés y a Dios. Eran hijas huérfanas, sin casarse aún, y tampoco eran siervas o esclavas. Tanto la consulta a Dios como la respuesta divina revelaron conceptos relativos a la herencia y la propiedad (Núm 27:1-11; 36).

Si un siervo o sierva era maltratado por su amo, y le dejaba marcas, podía salir automáticamente en libertad (Ex 21:26-27). Tampoco aceptaba Dios la tortura sicológica. Cualquier persona dependiente que era amenazada desmedidamente podía buscar refugio, y debía respetarse su asilo (Deut 23:15-16). También en este país protestante (USA), hay organizaciones que dan asilo y protección a mujeres e hijos abusados por sus padres. La ley divina dada a toda la gente de su pueblo que trabajaba con potestad sobre sus prójimos, era definida: "No lo dominarás con dureza, sino que temerás a tu Dios" [la cadena de autoridad bajo la cual todos estamos, según ya vimos]. "No dominaréis a vuestros hermanos israelitas, ni los trataréis con dureza" (Lev 25:43,46úp; véase 2 Crón 28:9-15).

Aunque se buscaba por todos los medios mantener el hogar en sujeción, si el marido no cumplía con su deber conyugal en toda su dimensión, su mujer tenía libertad para irse (Ex 21:10-11). Aún si no la quería después de haberla desposado, debía permitir su rescate (v. 7-8). No podía venderla a un pueblo extranjero porque ese pueblo no iba a tener las mismas leyes de amor y protección que Dios daba. También debía permitir salir en libertad sin exigir rescate, a la mujer extranjera que posteriormente desechaba. No se le permitía al hombre humillarla (Deut 21:14).

El hecho de que cada siete años Dios otorgaba cierta liberación, y cada 50 años una liberación social completa, muestra que aún en el contexto del pecado en el que vivimos, Dios ponía un límite para todo desquicio social (Deut 15; Lev 25). Así tampoco está obligada una persona a vivir un tormento eterno (de por vida) si una parte la maltrata y no quiere vivir con ella (1 Cor 7:15). Ninguna parte afectada está obligada, en los casos en los que la otra parte se niega a cumplir con su deber conyugal, a permanecer sujeto a servidumbre, porque a paz nos llamó Dios (1 Cor 7:15). Cuando el incrédulo que no siente su sujeción a una cabeza superior que es Cristo y Dios, se interpone entre Dios y el cónyuge, es deber de la parte afectada seguir primero al Señor (Luc 14:26).

En síntesis, si vivimos todavía en contextos sociales que no han podido desprenderse totalmente del abuso de poder en el hogar y en el matrimonio, tenemos que alimentar nuestra mente y nuestros sentimientos con la Palabra de Dios para cambiar primeramente en esa esfera más reducida de acción que es nuestro matrimonio. Las reglas sociales convencionales no deben imperar sobre nuestro hogar, ya que el nuestro debe ser un anticipo del cielo, en donde reina el amor (Jn 13:34-35). Esta diferencia con un orden social que no es el que Dios desea para sus hijos, ni el Señor como nuestra cabeza, la declaró Jesús: "Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellos potestad. Mas entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo; como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos" (Mat 20:25-28).

b) Liderazgo de servicio

En los países católicos, el modelo jerárquico de la Iglesia Católica es copiado a menudo por los gobiernos civiles. La impunidad e inmunidad que requiere el Magisterio de la Iglesia, presuntamente infalible, se basa en una mala interpretación de 1 Cor 2:15. Lo que Pablo dice allí está en consonancia con lo que dijo Jesús: "El que no nace de nuevo, no puede ver el reino de Dios" (Juan 3:3; véase 1 Cor 2:14). Pero Jesús no dijo que el que nace de nuevo se vuelve infalible y que, por lo tanto, no puede ser juzgado por nadie. El que nace de nuevo depende de Dios y ve lo que el incrédulo no puede ver, razón por la cual su fe no puede ser juzgada salvo por la Palabra de Dios que da el discernimiento espiritual debido. Pero todos estamos sujetos a las autoridades civiles.

Pablo mismo advirtió que el magistrado público, la autoridad civil, es un servidor de Dios para bien del creyente, ya que está allí para impedir el caos y la anarquía (Rom 13).

Los gobiernos seculares y protestantes han tirado por la borda ese modelo jerárquico romano que no es bíblico. Nuestro papa es Dios mismo, no ningún impostor ni intermediario humano. Y nosotros somos todos pecadores, sujetos por consiguiente a la ley sin poder invocar ninguna santidad que nos exima de nuestro deber. No es nuestra misión vivir en permanentes reyertas con las autoridades civiles para decirles lo que tienen que hacer, sino someternos a ellas, porque son servidores de Dios para nuestro bien. Lo único que les pedimos es libertad de conciencia y de predicación. El servicio que ellos brindan a la sociedad en lo civil, nosotros lo ofrecemos en lo espiritual.

El tema de la separación de poderes es largo, pero aquí quiero resaltar algo. Nuestro modelo de liderazgo no es el de los gobernantes de las naciones que ejercen señorío sobre ellas, como ya vimos (Mat 20:25-28). Aún así, los cristianos debían someterse a esa clase de liderazgo que existía en los días de Jesús en todo lo que no interfiriese con la ley de Dios, y sin entrar a discutir con Dios, quien quita y pone reyes, por haber permitido que tal o cual clase de gobierno estuviese allí. Esto debía ayudarnos a entender que nadie es infalible en este mundo caído y, por consiguiente, a aceptar que no las pasaremos siempre bien con el gobernante de turno. Así tampoco debiera ninguna mujer protestar contra Dios por el marido que le tocó, sino someterse a él en todo lo que no atente contra la ley de Dios, admitiendo que su marido, así como ella, no son infalibles. ¡A cuántas mujeres que se convertían a nuestro mensaje y entraban en conflicto con sus maridos a quienes querían cambiar por la fuerza, debí leerles 1 Ped 3:1-2!: "Igualmente vosotras, esposas, sed sujetas a vuestros esposos, para que los que no creen a la Palabra, sean ganados sin palabra por la conducta de sus esposas, al considerar vuestra casta y respetuosa conducta".

El noble ejemplo que los cristianos daban en el primer siglo, según el consejo de los apóstoles, era el de mantenerse sujetos a las autoridades terrenales y orar por ellas. ¿Es esa una tarea demasiado difícil para las esposas? ¿No puede una mujer que tiene problemas con la actitud autoritaria de su marido seguir sometiéndose a él mientras ora a Dios para que cambie? Esto, por supuesto, sin perder su individualidad. A un pastor E. de White le escribió amonestándolo a no avasallar a su mujer, y a ella a no renunciar a su individualidad. Sólo cuando se humilló ante Dios, y oró pidiéndole que abra sus ojos para saber si lo que le había escrito E. de White y le confirmaba su esposa era verdad, pudo verse a sí mismo como nunca se había visto. También exhortó E. de White cierta vez en público a una mujer, en medio de las amonestaciones directas que daba a unos y otros en la congregación, a no ceder su individualidad a los caprichos de su marido no convertido, en una actitud de esclavitud servil (E. G. White, II, 217). El servicio que da el hombre a su hogar no es el de un sirviente que debe responder a todo antojo y capricho de su familia; pero tampoco debe requerir a su esposa un servicio equivalente en su hogar.

"Una mujer que se someta para que se le dicte lo que debe hacer aún en los asuntos más pequeños de la vida doméstica, que ceda su identidad, nunca será de mucha utilidad o bendición para el mundo, ni tampoco responderá al propósito de Dios para su existencia. Es una mera máquina para ser guiada por otra voluntad y otra mente. Dios ha dado a cada uno, hombres y mujeres, una identidad, una individualidad, para que actúen en el temor de Dios por sí mismos" (E. G. White, *Carta* 25, 1885).

En lo que respecta a la Iglesia y a la familia (núcleo básico ésta de la Iglesia), nuestro modelo de liderazgo es Cristo. Aunque era supremo en el cielo, el Hijo de Dios no vino a este mundo para ser servido, sino para servir (Mar 10:45). Por lo tanto, la primera y suprema preocupación de un esposo y padre de familia no es verificar hasta qué punto se le obedece y se es fiel a lo que manda, sino la de ver qué necesidades tiene su familia, y cómo puede servirles mejor. No organizará su familia en función de sí, sino que organizará su vida personal en función de su familia, como mayordomo del Señor ante quien deberá responder por lo que le dió. En lugar de esperar a que todos lo sirvan, revelará su entrega a su esposa y a sus hijos para que nada les falte.

La ley del cielo es una ley de servicio por amor. Por lo tanto, un liderazgo de servicio no vivirá pendiente de lo que otros puedan hacer por él, sino más bien de lo que él pueda hacer por los demás. Nunca olvidemos que la ley de amor es el fundamento del gobierno de Dios, y el servicio de amor es el único servicio aceptable en el cielo (*ST*, 2-13-93, 1). Si ese principio de servicio no se refleja en el hogar, no podrá aspirarse a vivir en comunión con los ángeles de Dios, porque se arruinaría el sistema que gobierna el hogar celestial.

Algunos matrimonios entran en crisis cuando la cabeza piensa tanto en sí misma que se olvida de los demás, hasta de su propio cuerpo. Se acuerda de su cuerpo y de su mujer cuando tiene un dolor de hígado, o cuando la ve llorar por falta de empatía, o tuvo un accidente, o ella cometió adulterio. Una mujer no aguantó más un día y

le dijo entre llantos y enojo a su marido que estaba leyendo el diario: "Tú no me quieres". El otro le respondió: "¿De dónde se te ocurre eso?" Volvió ella a la carga: "Nunca me lo dices". Sorprendido él replicó: "¡Sobreentendido, mujer!"

No debe haber sobreentendidos. La cabeza del hogar que piensa en su esposa y en sus hijos pone su atención en ellos, y ellos lo saben. "El ojo del amo engorda al buey", dice el dicho español. También trae confianza y estabilidad a la familia el interés que su cabeza ponga sobre ella. Así como Dios dice: "Te haré entender, te enseñaré el camino en que debes andar, sobre tí fijaré mis ojos" (Sal 32:8); así también toda cabeza de familia dará una orientación clara a su familia que esté en armonía y sujeción a la Palabra de Dios. Con eso dará a entender que también fija sus ojos en los que más ama.

¿Qué decir en cuanto a las prioridades? No sólo el hombre, sino también la mujer, pueden tener vocaciones ajenas a su hogar. Sus sueños pueden volar tan alto que se olviden de bajar a ver cómo navegan o luchan para flotar los demás miembros de la familia. Aún el servicio que prestan a la iglesia puede competir, a veces, con el servicio que se deben el uno al otro. ¿Qué está primero? ¿La iglesia o la familia? ¿El trabajo o el hogar? Creo que el principio establecido por Jesús en lo individual, se aplica también a la familia. Permítanme parafrasear el siguiente pasaje: ¿De qué aprovecha al hombre, si gana todo el mundo, y pierde su [familia]? ¿Qué puede dar el hombre a cambio de su [hogar] (Mat 16:26).

Convengamos en que la prioridad de un liderazgo de servicio según el modelo de Cristo, es proveer alimento espiritual a la familia. En la escala de valores de los mandamientos divinos está el amor a Dios primero (nuestro deber para con él), y al prójimo como consecuencia (nuestro deber para con los demás). En las palabras de Jesús a Marta volvemos a encontrar el mismo orden: "María ha escogido la mejor parte, la cual no le será quitada" (Luc 10:42). Porque si un hombre quiere sujetar su casa en torno a sí y por sí mismo, le será más difícil. Al no contar con el Espíritu de Dios en su favor, otros espíritus van a contender con él en su casa, y ni una actitud autoritaria logrará sujetar a los que viven con él (véase Mat 12:44-45). Pero cuando la esposa y los hijos ven que la cabeza del hogar se somete a Dios, lo interpretan como un acto de humildad y sumisión a alguien que está por encima de ellos también.

El culto del hogar es el mejor medio de proveer ese alimento espiritual, el pan de cada día. Los hispanos en USA llenan de tantos cultos la semana en la iglesia que ni tienen tiempo para tener un culto en la casa con su familia sola. Más de una vez me puse firme diciendo que los que crean mejor quedarse en su hogar el viernes de noche, para tener el culto de familia, no están pecando, sino haciendo la voluntad de Dios. No es fácil una tarea tal, porque la TV, los DVDs, los estudios de los hijos, el trabajo con horarios tan diversos, compiten terriblemente con el momento del culto del hogar durante la semana en esta vida moderna. Los viernes de noche, cuando se espera que todos esos incentivos foráneos se apaguen, no debieran pasarse sin tener comunión con Dios y con la familia. No dejemos caer los brazos en esa lucha, ya que el galardón es grande. A nuestro hijo Roy le quitamos la TV por un tiempo y como resultado salió un pianista eximio. También pueden salir los hijos de nuestro hogar como verdaderos hijos de Dios si hacemos lo que Dios manda. ¿Qué título más grande que ese para toda una familia?

Si como cabeza de la casa no sabemos dar una dirección debida al hogar, no nos extrañemos la clase de cosecha que vamos a recoger. Las cosas a las cuales una familia dedica tiempo y atención determinarán donde irá como familia. Y recae sobre el hombre en especial la principal responsabilidad por darle la dirección debida. El trabajo es importante e indispensable, pero el hacer de la familia un anticipo del cielo está por encima de toda otra cosa. ¿Podrán cantar nuestros hijos, "Hogar de mis recuerdos", si los padres fracasaron en hacer de la cabaña un nido de amor y unidad? ¡Cuán importante es que el hombre y la mujer participen, juntos, de un mismo propósito y objetivo espiritual!

Hace un mes atrás dije a un anciano de una de mis iglesias: "¡Cuídese, hermano, porque la amistad que está desarrollando con fulana de tal puede terminar afectando su reputación!" No me hizo caso y los comentarios comenzaron a aparecer. Hablé entonces una semana atrás con el otro hogar, y le aconsejé a ella que cortase por un tiempo la comunicación por teléfono con él y el salir juntos a hacer obra por la iglesia. El anciano se ofendió, y anoche tuvimos una conversación. Terminó reconociendo que otros le habían hablado también, y que ése era un problema para él. Pero me dijo: Pastor, ¿qué puedo hacer yo como anciano si estoy casado con una mujer que no es de la iglesia? Ella se enoja conmigo porque piensa que le estoy queriendo ocultar algo. Pero yo le digo: "No te puedo contar los problemas que tengo con mi iglesia, porque vas a aprovechar para hablar mal de mi iglesia". Y ese problema que ahora se dio, pastor, se debe a que cuando hago visitas como anciano, no puedo ir con mi mujer y evitar que cosas así pasen y se den esos comentarios con respecto a mí. Eso hacía que tanto él

como otros, a pesar de ser un líder innato y haber hecho tanto por la iglesia, nos preguntásemos sobre su aptitud para ser anciano. ¿Qué decir acerca de lo que va a pasar cuando vengan los hijos?

Así como en esta vida nadie vive para sí, ni nadie muere para sí, tampoco la dirección que un marido y padre dé a su matrimonio y hogar va a estar volcado únicamente hacia su interior. Debe orientar su familia al servicio de los demás. Así como ninguna iglesia puede progresar si piensa sólo en ella misma, así tampoco ningún hogar puede prosperar si no busca ser una bendición para otros. El servicio que todo hijo de Dios puede dar a la iglesia y al mundo, por consiguiente, involucrará a su familia, teniendo como foco el servicio a Dios. Es más, el servicio a los demás es un servicio que se rinde a Dios como Creador de este mundo. Elegid hoy a quien servir, dijo Josué a su pueblo al concluir sus días, que yo y mi casa serviremos al Eterno (Jos 24:15). Aquí estoy con los hijos que el Señor me dio. Somos señales y prodigios en Israel, declaró también Isaías (8:18). “Tenemos que educar a nuestros hijos para que podamos subir a las puertas de la ciudad y decir: 'Aquí estoy, Señor, y los hijos que me has dado.' No subamos sin nuestros hijos para escuchar las palabras: '¿Dónde está mi rebaño, mi pequeño rebaño que yo te dí—el precioso rebaño que te dí, dónde está?” (6 MR, 373).

c) La denegación de servicios

Hay sociedades de consumo que se caracterizan por gastar. Eso es saludable para la economía de un país porque el dinero corre, circula, y permite hacer proyectos más osados. Cuando aparece una crisis repentina, sin embargo, se produce un movimiento económico hacia atrás que paraliza las empresas, produce quiebras a granel, no se pueden vender las propiedades, y el engranaje económico de los países se traba. A menudo eso ocurre simplemente cuando aparece el espectro del temor y la desconfianza. La gente teme lo que va a pasar después y prefiere ajustarse con lo que tiene, juntar por las dudas para que no le falte cuando la crisis aparezca. Aparecen los que, en el lenguaje popular, se llaman “acaparadores”.

Así también hay hogares que se caracterizan por un servicio abierto a la iglesia y a la comunidad, lo que les reditúa en grandes bendiciones. Las bendiciones de Dios no se estancan, sino que fluyen libremente, van y vienen en un circuito que se expande y que se asemeja al servicio por amor que se da en el cielo. Sin embargo, cuando un miembro de una familia se retrae sobre sí, traba ese flujo de bendiciones o produce, simple y llanamente, cortocircuitos. Olvidan que el servicio por amor que reina en el cielo se basa en un amor correspondido, no exigido ni dado por obligación, sino dado y recibido libremente porque es un placer servir. Y ese amor nace de Dios porque él nos creó, y nos redimió para que volviésemos a amarlo. Nosotros le amamos a él porque él nos amó primero (v. 19).

El pecado endurece el corazón para no dar, produce un corte en ese mutuo dar y recibir que divide familias, separa a padres de sus hijos, y a esposos de sus esposas. Por eso dice E. de White: “Fuera del egoísta corazón humano, no hay nada que viva para sí... La tierra quedó oscura porque se comprendió mal a Dios. Afin de que pudiesen iluminarse las lóbregas sombras, a fin de que el mundo pudiera ser traído de nuevo a Dios, había que quebrantar el engañoso poder de Satanás. Esto no podía hacerse por la fuerza. El ejercicio de la fuerza es contrario a los principios del gobierno de Dios; él desea tan sólo el servicio de amor; y el amor no puede ser exigido; no puede ser obtenido por la fuerza o la autoridad. El amor se despierta únicamente por el amor. El conocer a Dios es amarle... En todo el universo había un solo ser que podía realizar esta obra. Únicamente Aquel que conocía la altura y la profundidad del amor de Dios, podía darlo a conocer. Sobre la obscura noche del mundo, debía nacer el Sol de justicia, 'trayendo salud eterna en sus alas' (*DTG*, 12-13).

Hay mujeres que en determinado momento de su vida dejan de servir a sus maridos. A veces corresponde instruir a los esposos en el arte de seducir a su mujer. Pero otras veces la falla no está en el marido. La pasión por un trabajo que adquiere su esposa la hace olvidar de él, o aún la devoción por sus hijos reduce el círculo de servicio por amor que corresponde que le dé. También en el hombre puede darse la sublimación de su atracción sexual por actividades no afines a su hogar. El deporte, el trabajo, los estudios, la lectura, lo retraen a menudo sobre sí mismo y deja de servir a su mujer. Dios hizo el sexo en los seres humanos diferente al de los animales, de tal manera que la devoción que hombre y mujer deben tener para servirse mutuamente en materia sexual requiere más tiempo que en las bestias. Sabiendo eso, hay hombres que simplemente parecieran estar tan ocupados con cosas tan importantes que, simplemente no tienen tiempo para eso, y mujeres que quedan insatisfechas porque tienen en su casa un animal.

Si tanto el marido como la mujer se sienten a gusto viviendo así, pues que sean felices. Pero no suele ser ése el caso, y aunque se diese tal combinación, hará que su relación sea incompleta. Tarde o temprano van a

aparecer averías que carcomerán la felicidad que Dios se propuso para cada pareja. Pero, ¿cómo ayudar a un marido o a una mujer que, de golpe, se ve obstruido/a en su relación más íntima? ¿Puede resolverse eso a golpes? Algunos no golpean a su mujer, pero patean puertas y se agarran a las trompadas afuera (figurativamente o literalmente) con el primero que encuentran, o simplemente se buscan otra. Algo semejante pasa con la mujer. Si no se la satisface, puede a la larga, terminar buscando lo que le falta en otro. De esto advierte la Biblia, y con todas las palabras.

"A causa de la fornicación, cada uno tenga su propia esposa, y cada una tenga su propio esposo. El hombre cumpla su deber conyugal hacia su esposa, y también la mujer hacia su esposo" (1 Cor 7:2-3). Ese principio de servicio por amor que debe reinar en un matrimonio hace que, al pasar a ser un solo cuerpo según la definición bíblica, ninguno de los dos tenga potestad de su propio cuerpo, sino el uno del otro. De lo contrario dejan de ser un solo cuerpo, y la unidad querida por Dios se resquebraja (1 Cor 7:4). Por eso insiste el apóstol Pablo: "No os privéis el uno al otro..., para que no os tiente Satanás a causa de vuestra incontinencia" (1 Cor 7:5). Estos consejos dio el apóstol Pablo en una época en la que una filosofía pagana de origen griego hacía creer a mucha gente que lo carnal era malo, e inducía tanto a hombres como a mujeres a abstraerse, recluirse místicamente sobre sí mismos. Por eso declaró en otro lugar: "Honroso es a todos el matrimonio, y el lecho conyugal sin mancha" (Heb 13:4).

Notemos que Pablo no justifica al marido o a la mujer como para que se busque otra persona para resolver sus necesidades sexuales. Si caen, podrá entenderlos humanamente, pero los considerará como aprovechados por Satanás para consumar su destrucción. Es él con su típico egoísmo el que endurece al hombre o a la mujer, y es él también quien luego busca hacer caer a la parte desechada.

¿Qué puede hacer un pastor, o un anciano en casos tales, para ayudar a parejas con problemas de paralización o denegación de servicios? Lo mismo que ante un marido autoritario. Explicarles su problema, sus consecuencias, buscar hacerlos entrar en razón... ¿Nada más? Hasta allí llegan los sicólogos no cristianos, si no recurren a recetas (pastillas) estimulantes en el caso en que el amor no es correspondido. Como cristianos, después de señalarles la falta y predicarles el evangelio nos corresponde orar por ellos para que se conviertan al Señor. "Amados, amémonos unos a otros, porque el amor viene de Dios. El que ama, ha nacido de Dios y conoce a Dios. El que no ama, no conoce a Dios, porque Dios es amor" (1 Juan 4:7-8).

d) Liderazgo compartido

Cierto día feriado pasamos por unos momentos con mi padre por su oficina antes de dirigirnos como familia a otro lugar. Mientras lo esperábamos en la oficina de su secretaria a mi madre se le ocurrió hacer alguna modificación en el arreglo de esa oficina. La secretaria vino al día siguiente y volvió a arreglar las cosas como antes, y así quedaron ya que, en su esfera, cada uno arregla las cosas como mejor le calza. Mientras un perro va a dar vueltas tratando de alcanzar su cola por la derecha, otro va a hacerlo por la izquierda.

Hay maridos a quienes les gusta arreglar su valija cuando salen de viaje, o acomodar las cosas en el auto. Otros dejan esa tarea a su esposa y descubren qué es lo que incluyó y cómo arregló las cosas cuando llegan a destino. Hay maridos a quienes les gusta cocinar, y a mujeres arreglar zapatos, puertas y ventanas. Cada cual con su talento y su mejor manera de aprovechar el don del otro. Pero, ¿qué pasa cuando los dos quieren arreglar la oficina (la casa) a su manera?

A la mujer le corresponde el gobierno de la casa (1 Tim 5:14), y al hombre respetarla y admirarla, junto con sus hijos, en esa administración (Prov 31:28). Una buena administradora del hogar es una honra para su marido ante la gente de afuera (Prov 31:23). Otro pero... ¿Qué pasa cuando la mujer se la pasa rezongando, teniendo a los rajes a su marido, cada vez que éste llega a ese gobierno de la casa que desempeña su mujer? ¿Podrá aguantar mucho tiempo? Tal vez eso dependa de cuán grande sea su vocación de mártir (plop).

En un retiro espiritual con los jóvenes del Colegio Antillano en Puerto Rico, les hablé frente a una fogata sobre noviazgo y matrimonio. Destaqué el ideal y lo precioso de la vida en el contexto de un hogar. Cuando terminé tomó la palabra un colega quien dijo, luego de respirar y hacer una larga pausa. "Bueno, los que hemos entrado ya en esto...", y todos soltaron la carcajada. El ensalmo de la vida conyugal que yo había construido me lo tiró abajo de un solo saque con esa introducción, porque conocían la esposa de ese colega, y la paciencia admirable que él le tenía.

Un padre me contó que le hizo prometer a su hija no casarse con ningún futuro pastor, porque le iba a arruinar la carrera. Siendo que, como dijera Blas Pascal, el amor tiene sus razones que la razón no entiende, esa joven se enamoró de un ministerial, se casó y cumplió la profecía de su padre.

"Mejor es estar en un rincón del terrado, que con esposa pendenciera [rencillosa] en espaciosa casa" (Prov 25:24). "Es mejor morar en el desierto, que con la esposa rencillosa e iracunda" (Prov 21:19). "Gotera continua en tiempo de lluvia y mujer rencillosa, son semejantes; pretender contenerla es como querer refrenar el viento, o sujetar el aceite en la mano" (Prov 27:15-16).

¿Qué solución puede encontrarse para mujeres así? Dice un refrán que "cada cacerola encuentra su tapa". A veces, lo mejor será encontrarles la tapa que se ajuste a sus características. ¡Sí, hay mujeres así que terminan encontrando el hombre ideal para mantenerlas en sujeción! Otras veces, el marido paciente y sabio buscará abrirle posibilidades de servicio afuera, para que se saque las ganas de mandar a otros fuera de su casa. La Iglesia es una buena candidata, aunque se transforme en un dolor de cabeza para el pastor a quien querrá mantener saltando la cuerda. Después, la mujer recurrirá a su marido para desahogarse por los problemas que se consiguió afuera, y hasta buscar protección en él. Para algunos maridos, esa es la única manera de lograr que su mujer termine valorándolos, si no en las palabras, en los hechos. También es la única manera de poder seguir soñando con el día en que su mujer finalmente se amanse.

[De paso, un pastor evangélico, comentando Hech 13:50, declaró en un libro cierta vez que, de encontrar el ministro dos o tres mujeres así en su iglesia, será mejor que prepare sus valijas y se vaya a otro lugar. También Am 4:1 compara a las mujeres más prominentes de Samaria con las vacas de Basán, lo mejor del ganado en aquella época. Aunque en el contexto social actual, tal comparación pueda considerarse un insulto, en los días ganaderos de Amós era más bien un piropo. A pesar de ser tan bellas y atractivas desde la perspectiva carnal, esas mujeres eran terribles. Lo que por las buenas los hombres no pudiesen o quisiesen hacer para sujetar tales mujeres, iba a hacerlo el juicio de Dios. Ya que tales mujeres (con sus maridos), terminarían siendo llevadas o tiradas con ganchos en sus narices en cautividad, como lo hacían con los animales (Am 4:2)].

Otra solución adicional es qu,e tanto el marido como el terapeuta cristiano, dediquen tiempo para razonar con la mujer pendenciera. En tales reflexiones con ella podrán dársele ideas acerca de cómo autoevaluarse y autocontrolarse en su relación con su marido y con los demás. Dice el Espíritu de Profecía que tenemos (todos) que escudriñar constantemente el corazón y mantenerlo en sujeción. Otras veces, si llega con su marido viviendo aún con ella, al momento en que sus hijos crecen [mejor varones por ser más racionales que sentimentales], el marido ideal recibe una ayuda inesperada y valiosa para mantenerla en sujeción. Para cuando los hijos se casaron y se fueron del hogar, es probable que la mujer se haya amansado lo suficiente como para permitirle al marido ir feliz y en paz al descanso.

¡Dichoso el hombre que consigue la mujer ideal! ¿Qué? ¿Existe una mujer tal? ¿Para quién? Porque lo que sería la mujer ideal para un marido, ¿lo sería para otro? Un marido dijo cierta vez, para aliviar la fuerte tensión que había dejado su esposa: "Yo siempre digo, que si todos tuvieran mi gusto se casarían con Juana" [su esposa].

Bueno, si le creemos al sabio Lemuel [según los rabinos, un apodo de Salomón], sí, existe una mujer ideal a la que pueden aspirar ser todas las mujeres, según el marido también ideal que les toque y el contexto social en el que se puedan desenvolver. Pero admite el sabio cuán difícil es conseguirla. Tal vez, pensando en la ley de la compensación que se da en toda pareja, mi padre me dijo en la ceremonia de mi casamiento [fue él quien me casó]: "No olvides que la mujer que tengas a los 40 años, será la mujer que hiciste. Esto es una media verdad, porque el hombre de los 40 será también el que ella hizo".

"Mujer virtuosa, ¿quién la hallará? Su valor excede mucho a las piedras preciosas. El corazón de su esposo está en ella confiado, y nada valioso le falta. Ella le da bien y no mal, todos los días de su vida. Busca lana y lino, y con voluntad trabaja con sus manos... Se levanta aun de noche, y provee comida a su familia, y labor a sus criadas. Inspecciona un campo y lo compra, y con el fruto de sus manos planta una viña... Percibe que su trabajo va bien, y su lámpara no se apaga de noche... Alarga su mano al pobre y al menesteroso... Ella misma teje cubrecamas, y se viste de lino fino y púrpura. Su esposo es respetado en las puertas cuando se sienta con los ancianos del lugar... Se viste de fuerza y dignidad, y sonríe ante el día de mañana. Abre su boca con sabiduría, y su lengua enseña con bondad... Se levantan sus hijos y la llaman dichosa; y su esposo la alaba, diciendo: 'Hay muchas mujeres virtuosas, pero tú las superas a todas'... La mujer que teme al Eterno, ésa es alabada. Dadle el fruto de sus manos, alábenla sus obras ante el pueblo" (Prov 31:10-31).

Liderazgo en contextos de infidelidad

En esta sección tocaremos el tema de la infidelidad, y la actitud del liderazgo de un hombre o de una mujer en su esfera, para resolver el problema. ¿Cuál es el papel que tenemos que desempeñar como pastores en contextos tales? Ha veces hay algunos que se hieren más que la persona afectada. A otros pudiera ser que no les afecte. Pero toda infidelidad produce un trauma.

a) ¿Restaurando o rompiendo matrimonios?

(1) A poco de iniciarme en el ministerio tuve un problema con un hermano muy visitador, pero que le daba por querer besuquear a las mujeres cuando podía, y en forma desmedida. Era muy altanero y buscaba indisponer la gente contra el pastor y los líderes de la iglesia. Antes que yo llegara al distrito había tenido que salir de un grupo por el mismo problema, y se había ido a hacer obra a otro grupo donde ahora estaba repitiendo la experiencia. El anciano vino a mí con el problema y fuimos a conversar con la parte afectada. Luego lo entrevistamos y negó categóricamente la acusación. Después de una fuerte confrontación se abatió. Le dí la orden de no pisar más ese grupo, y comenzó a asistir a la iglesia central. La esposa se enfureció con nosotros, así como otros hermanos del lugar, porque él les dijo que yo le había dado esa orden. Consulté con el presidente de la Asociación qué hacer y me dijo que le exigiera pedirle perdón a su esposa. Dejó de venir a la iglesia.

Nuevamente fui aconsejado un mes más tarde de visitarlo otra vez con el anciano de la iglesia, y nos atendió la esposa. Le preguntamos si su marido había hablado con ella por un problema que había tenido... Lo llamó y salió furioso: "¡A qué han venido! ¿Quieren destruir mi hogar?" Al enterarse la esposa lo que había pasado también dejó de asistir a la iglesia.

Un año después el marido había levantado un nuevo grupo en otro barrio, y vino a visitar la iglesia central con toda la gente de ese grupo, siempre en forma altanera, para mostrarles a todos lo que había hecho. Comenté el caso con mi padre, también pastor, en esa época de mi juventud, y me dijo él que, en su opinión, no debía exigírsele a un marido confesarse a su esposa. Hay mujeres—agregó—que se las aguantan, pero otras no superan más el fiasco. Esa experiencia me sirvió para nunca más hacer una estupidez de esa naturaleza.

(2) En ese mismo distrito había un albañil que trabajaba del otro lado del río Uruguay (en Argentina), y volvía los fines de semana para pasarlo con su mujer. Al enterarme que del otro lado del río vivía con otra mujer, conseguí su dirección y fui a visitarlo. No me permitió pasar a su casa y se enojó luego con su esposa, por haberme dado su dirección. Le prohibí predicar hasta no resolver su situación. Los líderes de la iglesia central me advirtieron de cuidarme con él, porque con otro pastor anterior fueron cierta vez con cinco hermanos a abordarlo con la intención de borrarlo de la iglesia. Encontraron al albañil en su casa con su mujer y la otra con la que lo acusaban. El hermano albañil tomó al pastor del cuello (era fuerte) y le dijo: "¿A qué ha venido? ¿Quiere romper mi hogar?" Y los sacó a todos de su casa "con la cola entre las patas".

Esa expresión, ¿quiere destruir mi hogar?, escuchada en los dos casos que traigo a colación, quedó sonando en mis oídos. ¿Cuál es la misión de un pastor? ¿Arreglar, restaurar y reconciliar, o separar, destruir y romper? Al prohibirle predicar el albañil se enojó y comenzó a asistir a un grupo sabatista (ligados en alguna manera a la Iglesia de Dios). Siendo que necesitaba completar cierto trabajo de construcción fui y le pedí sus servicios por dos o tres domingos. Cuando estaba trabajando me acerqué y le pregunté por qué no venía más a la iglesia. Me respondió que asistía a las reuniones de los sabatistas, y agregó: "Si Uds. me causan problemas, yo no voy a dejar de guardar el sábado y asistir a la iglesia". "Hermano, me han contado algunas cosas suyas del pasado, pero quiero decirle que ese pasado no me interesa. Lo único que quiero de Ud. es que Ud. se olvide de su pasado también y cambie de vida. ¿Lo traté mal acaso? ¡No se enoje, hombre! Yo no vengo a destruir su hogar. No vengo a imponerle nada tampoco, porque eso tiene que nacer de Ud. Cuando resuelva su problema podrá predicar otra vez. Le hablo como amigo. Acá estoy para ayudarlo, no para destruirlo". Una semana después me contaba, feliz, delante de su esposa que parecía tanto o más feliz que él, que había decidido confiar en Dios y no ir más a trabajar del otro lado del río. Que a pesar de la dificultad para conseguir trabajo, confiaba en que Dios podría ayudarlo quedándose en su casa.

(3) El viejo amigo del que comenté en un mensaje anterior, que le había pedido a otro colportor que ayudara a entregar los pedidos de libros a su esposa mientras se iba a enseñar durante la semana a otra provincia, me

contó lo que le sucedió cuando su esposa finalmente se lo confesó. “No dormí toda la noche. Al día siguiente se lo conté al pastor, quien llamó enseguida por teléfono a todos los miembros de la Junta de la Iglesia y, en esa misma tardecita, decidieron borrar a mi esposa y al otro colportor”. Como resultado la esposa dejó de asistir a la iglesia, y ya llevaba varios años en esa condición. “Si tu iglesia fue tan mala conmigo, no quiero saber nada de tu iglesia”, fue su respuesta.

En Francia hay un dicho que retrata la manera de reaccionar de algunos en los siguientes términos: “Il est plus royaliste que le roi” (es más por el reino que el mismo rey). Los límites impuestos por el papado a la tortura (ya extremadamente brutal) de la Inquisición, eran aplicados doblemente en España en un afán abiertamente más celoso por la Iglesia Católica que en cualquier otro reino. Me pregunto si a veces nosotros, los pastores, no somos más celosos por la iglesia que el mismo Señor, y si no convendría que nos olvidásemos por unos momentos de la iglesia y de su presunto honor, para concentrarnos en la necesidad y desesperación del pecador, con el propósito de ayudarlo. “Al oírlo, Jesús les dijo: ‘Los sanos no necesitan médico, sino los enfermos. Id, pues, y aprended qué significa: Misericordia quiero, y no sacrificio’. Porque no vine a llamar justos, sino a pecadores”(Mat 9:12-13). Ese tipo de sacrificio lo efectuó el Señor en el Antiguo Testamento como última medida, cuando la misericordia no fue aprovechada, y el corazón se endureció irremediablemente (Os 6:5-7; véase 2 Crón 36:14-16).

En latinoamérica el adulterio se lo castiga borrando de la iglesia al adúltero, y su arreglo con la iglesia se da mediante rebautismo. En Europa y en USA a menudo se disciplina por varios meses, como cualquier otro acto de disciplina. Desde esa perspectiva miran con desagrado los rebautismos tan numerosos de algunos lugares de latinoamérica. En lo personal, cuando un hermano viene queriendo resolver su problema, si su caso no es de dominio público, lo resuelvo en privado. No hay para qué hacer un escándalo que afecte la familia entera, aún la iglesia y la comunidad. En mi ministerio en latinoamérica, he bautizado algunas personas en privado, con el consentimiento de la esposa. Les dije que no ensucien la iglesia contando el hecho, ya que era privado. Una hermana, hija del mismo padre del adúltero, vino a verme meses después de haber yo bautizado en privado a su hermano. Estaba alarmada por lo que había escuchado de su hermano, y no podía entender que diese la lección de la Escuela Sabática en su grupito. Le conté cómo habíamos arreglado su situación, y se fue absorta y muda. No se armó ningún alboroto, y el hermano siguió feliz, dando testimonio de su fe (en casos así, bien raros, no modifico el libro de la iglesia).

E. de White aconsejó en ciertos contextos leer cada día el capítulo del amor (1 Cor 13), preferiblemente de rodillas. Se me ocurre que, para captar más el contraste, convendría leer ese capítulo en determinados momentos de nuestra vida, luego de leer las más duras reprensiones que Dios dio a los fariseos en Mat 23. Hay pastores que en determinado lugar tuvieron una caída. Pero van a otro lugar lejano y tienen un buen ministerio, revelando haberse curado completamente. Hoy no tienen tan fácilmente esa oportunidad de dejar su pasado en un ambiente geográficamente lejano, porque aparecen zelotes por todos lados que los persiguen y encuentran más fácilmente gracias al internet. Y a veces, quienes los persiguen por internet, fueron en determinada época objeto de misericordia (me consta), pero recurren a un medio público de acusación y advertencia para limpiar su propio pasado. ¡Claro está, no siempre se distingue entre un resbalón y una maña, y la pretensión del último de querer seguir predicando como si nada pasase! (véase 1 Cor 5:11). El consejo particular dado una vez por E. de White de mover a otro lado a un pastor que cayó, se lo aplica a veces, en este país, sin la discriminación debida. Aún así, consuela saber que cuando vuelve a ocurrir el problema por segunda vez, se le cierra a ese pastor el camino para siempre.

Hay quienes luchan contra la tentación hasta llegar a las puertas mismas de la muralla. No los empujemos para que terminen afuera. Con esto quiero decir, démosle el beneficio de la duda hasta donde sea posible y animémosle a seguir fiel, y a no jugar con la tentación. Otros permanecen tranquilos dentro del castillo, bien protegidos, sin que nadie pueda o intente siquiera empujarlos para afuera. Organicémoslos como socorristas. ¡La Biblia se refiere a nuestra misión como reedificadores de ruinas, reparadores de muros caídos, restauradores de calzadas para habitar (Isa 58:12), reconciliadores (2 Cor 5:18-19), etc. Jesús se las pasó predicando el amor de Dios, enseñando el evangelio, sanando toda dolencia y echando fuera demonios (Mat 8:16-17; 9:35). El vino para deshacer las obras del diablo (1 Jn 3:8) y salvar lo que se había perdido (Luc 19:10). En lugar de dispersar el rebaño, procuró por todos los medios juntarlo (Mat 9:36; 12:30; Jn 12:32). Como dice Rena González en su canto Mi Iglesia, como si Jesús hablara:

“Yo quiero una iglesia que sane al herido, que rompa cadenas, liberte al cautivo;
que aclare la mente al que esta confundido y que hable verdad.
Yo quiero una iglesia que con su mirada le brinde esperanza al alma angustiada
Yo quiero una iglesia que sane la herida de esta humanidad...
Aquella que al ver si alguno ha caído le extiende la mano y perdona su error”.

b) Desenmascarando a los desvergonzados

Una madre viene en Atlanta y me dice que su hijo está fornicando con su novia y, según ella, no puede seguir siendo director de Escuela Sabática. Me pide que, en lo posible, no la mencione a ella al abordar su caso. Me acerco al joven y le digo que sé que está fornicando con su novia, y que no podrá dirigir más las reuniones de Escuela Sabática hasta que se case (véase Deut 22:28-29). Se enoja y me pide pruebas. “No tengo por qué dártelas”, le respondí. “Además, estoy tratando esto en forma personal y con el propósito de ayudarte. Pero si crees que estoy siendo injusto contigo, tienes derecho de reclamar que mi decisión personal como pastor se discuta en la Junta de la Iglesia. Si me empujas a una decisión tal, daré allí la prueba que me pides, tu caso se hará público, y tendré que borrarte. ¿Te parece que ése es el mejor camino para resolver tu problema?” Se quedó quieto, pero estuvo refunfuñando delante de otros contra mí, sin darles la razón que le dí. Unas semanas después los casé.

En esa misma época un joven viene y me dice que volvió a media tarde a su apartamento y encontró que su compañero estaba en un cuarto con una mujer, y con música diabólica. No pudo saber qué mujer, pero deduje que sería una mujer divorciada que estaba queriendo engancharlo. Me acerqué y le dije que no podía seguir siendo director de Esc. Sabática (era otro de los directores) hasta que resolviera su problema. Negó y le dije lo mismo que al otro, que si quería podía dar las pruebas en la junta de la iglesia... Se enfureció y, conociéndolo, alguien temió que me agarrara a trompadas (yo no capté eso). Optó por casarse y después se hizo muy amigo mío, ya que lo ayudé en los problemas de su hogar (dos años después la que ahora era su esposa confirmó en un problema muy fuerte que tuvo con él que, efectivamente, ella había sido esa amante que había estado en el cuarto con él).

“Los adúlteros son los más mentirosos que existen”, me decía un pastor amigo cierta vez. ¿Qué quería decir con eso? Pienso que confirmaba lo que ya había dicho Santiago. “El que guarda toda la Ley, y ofende en un solo punto, es culpable de todos” (2:10). Para cubrir su adulterio, David recurrió incluso al asesinato (véase v. 11). ¿Dónde comenzó el arreglo? En la confesión y abandono del pecado por parte del rey, en un contexto monárquico en donde si quería, podía imponerse y exigir impunidad. Pero David creía en Dios, y al humillarse ante él y confesar su pecado, reconoció que él no tenía poderes omnímodos (Sal 32; 51).

Nunca debemos obligar a nadie a pedir perdón. La confesión de infidelidad de una persona a otra podrá recomendársela, pero no exigírsela, porque el pedido de perdón debe nacer del interior, y en algunos casos podrá ser suficiente con hacerlo directamente a Dios. No es nuestro deber como pastores procurar ocupar el lugar de Dios, porque no podemos leer el interior de las personas. Pero, ¿qué hacer con gente que pretende que puede vivir en pecado y seguir predicando como si nada pasase? En otras palabras, ¿qué hacer con tanta gente desvergonzada hoy que ha perdido la noción entre lo sagrado y lo profano? Hoy, hasta hombres que vienen con un hijo de contrabando se ofenden si se los borra de la iglesia.

Las medidas disciplinarias personales que he usado más de una vez cuando el escándalo no era público, como los dos ejemplos más arriba mencionados, pueden ser riesgosas. El pastor debe estar bien seguro de lo que va a hacer. A las personas que me vienen con un testimonio privado de esa naturaleza suelo decirles que guardaré la confidencia, pero que si el cuadro se complica deberé mencionar la fuente, y por lo general aceptan.

Hace unos años atrás visité la Universidad de Montemorelos y ví que el hogar de señoritas estaba protegido hasta con alambres de púa. Es el único lugar del mundo donde ví algo así. Me sirvió para entender unos años después el mensaje que dio en un retiro de pastores el director ministerial viejito ya de la Unión en el sur de México, a donde yo había sido invitado también. En determinado momento sacó un papel ya amarillo (oxidado) y dijo: “Pastores, ¿ven esto? Aquí llevo una lista personal por años que no la muestro a nadie, de pastores como Uds. que cayeron en adulterio y debieron abandonar el ministerio”. Y en forma terminante les espetó: “¡No jueguen, porque bastará con que caigan una vez como para que se termine para siempre con el ministerio de Uds.!” ¿Vamos a hablar ahora de Centroamérica, y de..., y de..., y de...?

Hoy el mundo está relajado por todos lados. Vivimos en tiempos equivalentes a los días previos al diluvio. Medidas más enérgicas se requerirán para limpiar el campamento de la inmundicia desvergonzada, de lo contrario las bendiciones de Dios no podrán derramarse sobre su pueblo. “Fornicación, vino y mosto corrompen el juicio” (Os 3:11). “Todos son adúlteros” (Os 7:4). “Llegaron a lo más bajo en su corrupción” (Os 9:9) La iglesia no debe asociarse con los tales que, conociendo el evangelio, lo deshonran viviendo en adulterio (1 Cor 5:10-11).

“Huid de la fornicación” (1 Cor 6:18). “No erréis, que ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los homosexuales... heredarán el reino de Dios” (1 Cor 6:9-10). “Sabed bien que ningún fornicario, impuro o avaro—que es idólatra—tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios..., porque por estas cosas viene la ira de Dios sobre los desobedientes” (Ef 5:5-6). “Los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos, tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la segunda muerte” (Apoc 21:8). La realidad de tal juicio Dios ya la reveló en las leyes que dio al Antiguo Israel, que caían tanto para el hombre como para la mujer adúlteros (Lev 20:10-14; Deut 22:22-27).

Esto de parte de la iglesia. Pero, ¿cómo aconsejar a una mujer o a un marido cuyo cónyuge le es infiel? ¿Cómo aconsejar al esposo o la esposa infiel? Aquí no abundaremos en ejemplos ni en testimonios, porque sería interminable. No hay ningún caso igual. Hay mujeres o maridos que son fulminantes y cortan la conexión con su cónyuge infiel de un sablazo, basándose en el testimonio de Jesús, quien justificó el divorcio en contextos de adulterio (Mat 5:32; 19:9). Otras mujeres y hombres inocentes tienen una paciencia de mártires, en algunos casos porque, cargados con hijos, dependen de ellos para poder sobrevivir.

Creo que como pastores debemos respetar la decisión que cada parte afectada toma en contextos de adulterio de su compañero o compañera de la vida, sin involucrarnos en el problema, es decir, sin tomar nosotros la decisión de cortar por ellos. Repito: la decisión de romper en contextos de adulterio debe tomarla la persona afectada; no la debemos tomar nosotros por ella. Aún en el contexto del Antiguo Testamento, la mujer adúltera no podía ser apedreada a menos que la denunciase o entregase su marido (véase Lev 19:20-22). Lo mismo ocurría con hijos contumaces y rebeldes que no honraban a los padres y éstos no podían más con ellos. Debían ser los padres quienes los entregasen para que murieran (Deut 21:18-21). Aunque hoy no se castigue necesariamente con la muerte a los hijos rebeldes o cónyuges infieles, la muerte eterna será el resultado de ellos si no se convierten al Señor (Lev 20:9; véase Heb 10:26-31).

Es nuestro deber, como pastores, dar varias alternativas al cónyuge traicionado. En lo posible, correspondería que pusiésemos énfasis en lo que Pablo llamó un camino más excelente, el del amor (1 Cor 12:31). ¡Cuántas mujeres y maridos que soportaron la infidelidad de su ser querido con nobleza y sufrimiento, lograron finalmente resolver el problema de su pareja y afirmar su hogar! Mientras que algunos adúlteros se asustarán con las advertencias del juicio de Dios, para otros todas las amenazas del infierno no lo llevarán a cambiar. Pero serán seducidos por el poder del amor.

¡Cuántas veces ví a hombres y mujeres adúlteros rendirse en llantos ante la cruz del Calvario! A ellos les dice el Señor cuando se arrepienten, como lo dijo Jesús a la mujer adúltera: “Ni yo te condeno. Vete y no peques más” (Jn 8:11). Por amor a los hijos, por amor al marido o mujer infiel, ¡cuántos hombres revelaron un carácter semejante al de Aquel que es Esposo de la Iglesia, y dio su vida para redimirla!

Las luchas de los que son traicionados por los que más quieren está reflejada en Os 1-3, representando el mismo sufrimiento del Señor para con su pueblo. Oseas, representando a Dios, lucha entre el divorcio y la restitución. Dios dice: “¿Cómo podré abandonarte, oh Efraín? ¿He de entregarte yo, Israel? ¿Cómo podré hacerte como a Adma, ni ponerte como a Zeboim? Mi corazón se conmueve dentro de mí, se inflama toda mi compasión” (Os 11:8).

¿Desecha el Señor para siempre?¿No vuelve a amar más? ¿Cesó para siempre su amor?... ¿Se olvidó Dios de su bondad? ¿Ha retenido con ira sus piedades? (Sal 77:7-9). A aquellos que captan cuán hondo han caído, hagámosles recordar las maravillas de la bondad y el amor de Dios (v. 10-14). Si la parte infiel se arrepiente y desea seguir unida, busquemos que en ese hogar se dé lo que se da en el hogar divino. El Hijo de Dios vino para redimir su esposa infiel. ¡Cuántos maridos y mujeres, en la edad provecta, atribuyen después de Cristo a su esposa o esposo su salvación!

“Cristo es la cabeza de la iglesia y Salvador del cuerpo... Esposos, amad a vuestras esposas, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla y limpiarla en el lavado del agua que acompaña [a la predicación de] la Palabra de Dios, para presentarla para sí, una iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga, ni cosa semejante; antes, que sea santa e inmaculada. De ese modo el esposo debe amar a su esposa...”

(Ef 5:23,25-28). "Porque, ¿cómo sabes, oh mujer, si no salvarás a tu esposo? ¿O cómo sabes, oh esposo, si no salvarás a tu esposa?" (1 Cor 7:16).

c) Dios aborrece el divorcio

El pecado introdujo una ruptura en un universo unido. En este mundo produjo un resquebrajamiento tanto en la relación del hombre con Dios como en su relación social, primero con su mujer, luego entre los seres humanos a medida que creció el número de habitantes. Comenzaron a echarse la culpa unos a otros y, finalmente a Dios (Gén 3-4). Al principio esa separación se dio entre los hijos de Dios y las hijas de los hombres (Gén 6:2). Con el tiempo no le quedaron prácticamente más hijos a Dios, y decidió raer toda carne de la tierra (Gén 6:4-7). La separación de lo que Dios había juntado en matrimonio más la violencia que se apoderó de la humanidad, estuvieron a la base de la decisión tan dramática divina (Mat 24:37-39; cf. Gén 6:5,11-13).

Después del diluvio vemos a Dios tratando de juntar un pueblo en torno a sí, separado del resto de la humanidad; y al diablo tratando de dividir al pueblo de Dios, y uniendo a las naciones de alrededor para que viniesen y destruyesen la simiente santa. La obediencia a Dios y, en caso de haber caído, el arrepentimiento y la confesión de pecados, implicaban en el pueblo de Dios reunión, restauración, en un pueblo que había sido diezmado por el pecado (Deut 28-31).

Es notable que, además de los diez mandamientos (Ex 20), las leyes contra las costumbres sexuales paganas de Canaán fueron expresadas en forma apodíctica. A diferencia de la mayoría de las demás leyes que son casuísticas porque presentan casos o situaciones y están precedidas a menudo por un si condicional, los diez mandamientos y las leyes contra la inmoralidad sexual fueron categóricas y se expresaron en segunda persona (Lev 18:6-30). Esto contrasta también con los códigos antiguos que se expresaban en forma casuística, con excepción de los convenios o pactos que se expresaban en forma apodíctica. Si además del pacto que hizo con su pueblo sobre la base de los diez mandamientos, Dios expresó sus ordenanzas en materia sexual en los mismos términos apodícticos del pacto, se debió sin duda a que sabía cuán fácil era que su pueblo se corrompiese en ese punto.

La infidelidad es uno de los factores que más inciden en el divorcio aún hoy, y en el resquebrajamiento de la sociedad. De allí que los que son adúlteros desparraman o dispersan, en lugar de juntar como Dios manda, en todo el sentido y dimensión de la palabra que involucra a la iglesia (Mat 12:30). Desde principio a fin, la misión divina es juntar los pedazos que el pecado destrozó. Su plan final será juntar a toda la familia de Dios en su reino (Ef 3:15; Col 1:20).

Tuve un primo llamado Ricardo. Mi madre le puso de bien joven el apodo de pichicho (perro chico), porque era ver una joven bonita que se iba detrás de ella como los perros detrás de una perra. El se reía, y a carcajadas. Siempre fui amigo de él, y desde los 13 años que me relacioné con él, nunca dejé de tenerlo cada noche en cuenta en mis oraciones. Hace unos pocos años atrás lo ví por última vez durante unas semanas de vacaciones en la villa donde está nuestro hospital y universidad. En referencia a otro peor que él me dijo que no se puede luchar contra los genes, sino que hay que saber administrarlos. Luego de unos momentos de reflexión agregó: "A menos..., a menos que alguien se caiga de un caballo como le pasó a Pablo, y ahí algo pasa que cambia y puede..." Quedé mirándolo por unos momentos y con ganas de preguntarle lo que he preguntado desde entonces a otros con problemas semejantes de falta de continencia. "¿Será que es eso lo que le estarás pidiendo al Señor?" Pocos meses después se le descubría un cáncer incurable. Tuvo tiempo de prepararse y creo que lo encontraré en el reino de los cielos. Mis oraciones no cesan de elevarse por sus hijos, mañana y noche, conforme le prometí antes que muriese.

Un colega en el ministerio me contó que un día vio en la iglesia a un hermano que casi nunca venía, y le era siempre infiel a su esposa. Pero ahora estaba mansito en silla de ruedas, con vendas en diferentes partes del cuerpo, acompañado de su esposa de quien dependía más que nunca. ¿Qué le había pasado? Un marido lo había encontrado con su esposa en la cama y le había dado una paliza tal que debió ser llevado al hospital. Riéndose mi pastor amigo me decía: "Parece que a algunos ese método antiguo de los latigazos les surte efecto" (véase Lev 19:20). Otra solución sería, según dijo Jesús, cortarse el ojo o la mano o aún el miembro viril antes que perder todo el cuerpo en la destrucción final (Mat 5:29-20; 19:12). Pero es mejor cuidar las avenidas del alma y controlar la vista para no pecar en el corazón (Mat 5:27-28). Si nos alimentamos de la Palabra de Dios nos volveremos fuertes espirituales. Debemos dejar morir de hambre al hombre carnal para que no resucite.

Una cabeza de hogar que le permite a Satanás ensuciar su mente y su corazón, termina fracturando su personalidad y rompiendo la unidad que Dios ordenó en el matrimonio. El sexo deja de ser un instrumento de amor para transformarse en un medio pasional que en lugar de engendrar amor, lo exige de los demás. A menudo un cuadro tal termina en la búsqueda egoísta de placer, y la parte afectada se siente usada, no amada.

El último profeta del Antiguo Testamento testificó que en sus días muchos lloraban porque captaban que cuando comparecían ante su altar, Dios no respondía a sus plegarias. "Preguntáis: '¿Por qué?' Porque el Eterno es testigo entre ti y la esposa de tu juventud, con la cual tú has sido desleal, siendo ella tu compañera, y la esposa de tu pacto. Dios, ¿no los hizo uno? En carne y en espíritu los dos son de él. ¿Y por qué uno? Porque él procuraba descendientes piadosos. Guardaos, pues, en vuestro espíritu, y no seáis desleales con la esposa de vuestra juventud" (Mal 2:13-15).

¿Qué significa el hecho de que "en carne y en espíritu los dos son de él"? Son uno en el Señor, le pertenecen. No tienen, por consiguiente, derecho a divorciarse. Los hijos que vendrán de un hogar dividido con mayor dificultad serán piadosos. Se verán afectados sicológica y espiritualmente. Por tal razón continuó diciendo Malaquías: "El Eterno, Dios de Israel dice que él aborrece el divorcio, porque el que se divorcia cubre su vestido de violencia… Por lo tanto, guardados en vuestro espíritu, y no seáis desleales" (Mal 2:16).

Como en los días del diluvio, el adulterio y la violencia se daban la mano. Los celos, la codicia de la mujer del prójimo que Dios incluyó en el décimo mandamiento (Ex 20:17), el desaire que produce, todo esto y mucho más engendra violencia. Sólo aquel que busca refugio en el Señor puede salirse de esa espiral de maldad. Pero la ruptura de su hogar se vuelve inevitable, a menos que ambos vuelvan a ser uno con el Señor, a pertenecerle. Y pueden pertenecerle de veras cuando pasan a ser en carne y en espíritu otra vez uno.

He escuchado a adúlteros argüir que en su matrimonio hay incompatibilidad sexual, como una manera de justificarse y afirmarse en su infidelidad. Más a menudo lo he escuchado de hombres, pero también de mujeres. Sólo en dos casos que conocí creo que algo de eso hubo, porque una de las partes no era sicológicamente normal. Pero en los otros casos que me refirieron no hubo nada de eso, sino falta de apetencia por el cónyuge debido por tener los pensamientos y sentimientos divididos. De allí es que, cuando algún adúltero o adúltera arguye falta de compatibilidad sexual con su cónyuge, entro a desconfiar, más aún cuando sé que ese cónyuge es normal. Los que autojustifican su incontinencia de esa manera son lo que en inglés se conoce como sex-alcohólicos, dependientes del sexo como los beodos del vino. Una mujer decía eso de su marido quien después se casó con otra y tuvo un matrimonio normal. Con la segunda que tuvo jamás se quejó de algo así. Donde hay amor, se encuentra el camino mejor para expresarlo.

Si alguien siente que no puede amar porque el diablo ensució su corazón y su alma, pídale a Dios que le dé un corazón nuevo. El amor es de Dios, por lo tanto, si sentimos que no estamos dándolo como debiéramos, recurramos a la fuente del amor que es Dios. En la cruz del Calvario podemos dejar nuestros egoísmos, nuestras pasiones malsanas, nuestros malos pensamientos, y nacer otra vez para ver todo con una nueva cara, incluso a nuestro ser querido. ¡Sí, es cuando el amor divino nace en el corazón cuando deja de pensarse tanto en uno mismo para mirar a los demás, y contemplar la belleza de la creación divina!

Termino con un canto que compuse de joven para que un solista que tuve en mis coritos le cantase a su novia mientras se acercaba hacia él. Lo canté también en el casamiento de mi hermano mayor, y en muchos otros casamientos, inclusive en el casamiento de mis dos hijos mayores. Resumo en ese canto, en breves palabras, la esencia del amor en el matrimonio, así como su fuente.

Amor, Amor

I. ¡Qué hermoso es vivir del amor!
¡Qué gozo siento junto a tí!
Con Cristo todo bello será
y él reinará en nuestro hogar.

Coro: ¡Amor, amor!
Llenas de encanto mi ser.
¡Amor, amor!
Harás feliz nuestro hogar.

II. Jesús nos brinda su amor,
él es la fuente de tal virtud.
Amándole yo más te amaré,
y tú más me amarás.

Conclusión

La tarea de un psicólogo cristiano y de un pastor a menudo es esencialmente la misma. Tal vez este último no tenga todas las herramientas científicas que da la ciencia moderna para abordar los diferentes conflictos que se dan en los hogares. Pero la misión fundamental que tienen es la de esclarecer las mentes y corazones confundidos y aturdidos de quienes están en problemas. No hay nada mejor para ello que el evangelio puro de Jesucristo.

Un psicólogo amigo en Boston dedica a menudo tiempo con sus pacientes a predicarles, con la Biblia en la mano, del amor de Dios. Ha ganado ya muchas almas a Cristo que no solamente pudieron resolver sus problemas psicológicos, sino también gozarse en haber descubierto la senda de la vida, la razón misma de vivir.

Mi esposa ha estado leyendo varios de los números anteriores que estuve preparando acerca de mis experiencias al aconsejar a parejas con problemas, y la fundación teológica de la relación matrimonial. Me ha estado insistiendo en que al final no me olvide de recomendar la lectura del último capítulo del libro *El Camino a Cristo*. Ella aconseja constantemente a las mujeres a leer ese capítulo. Muchas mujeres, por tener que quedarse en la casa con sus pequeños, corren el riesgo de volverse quejosas, malhumoradas, y lúgubres. En síntesis, pasan a interpretar la vida cristiana bajo una lupa de plañideras.

En estos momentos tengo en mi distrito una hermana que se queja constantemente contra su marido porque no hace todo lo que ella pretende que debe hacer. Después de leer de nuevo el libro *El Camino a Cristo* (hacía años que no lo leía), decidí ir a esa hermana y pedirle que lea el último capítulo. No es largo, pero está lleno de significado. Esa mujer está perdiendo el gozo de la vida, del matrimonio y del hogar, por poner su mirada en el lado sombrío de la vida y, en el caso de ella, en las sombras imaginarias con las que se abruma a sí misma.

Aunque la tendencia a la depresión y al sentimentalismo es mayor en las mujeres que, por naturaleza, son mas sensibles que racionales, también ese problema afecta a los hombres que pueden creer que la vida cristiana es incompatible con el gozo, la alegría y la felicidad. Justamente por ser más racionales los hombres, sobre quienes pesa la responsabilidad de la familia, pueden mirar hacia el futuro con temor y tender a querer resolver sus problemas y afanes de antemano. Esa tendencia la vuelcan a su familia y la deprimen, en lugar de hacerla vivir confiada. De allí que deban esforzarse por practicar los principios del sano vivir, y creer en Dios, confiar en él, en su bondad y misericordia. Pienso que es ese punto el que, a la postre, hace que las mujeres vivan más tiempo que los hombres, porque éstos no pueden desprenderse de tantas preocupaciones que en su senilidad no pueden llevar más. Ellas, en cambio, se han acostumbrado a que las mantengan, y pueden hacer suyas más fácilmente las palabras de la Biblia: “Hasta aquí nos ayudó el Eterno” (1 Sam 7:12).

La vida que Dios nos dio es una vida preciosa, no importa los zarzales y espinos que encontremos en el camino. Podemos llenarnos la cabeza con tantas cosas negativas que nos toca sobrellevar, y hacer nuestra vida y la de los demás más pesada. Pero también podemos buscar todo lo que eleva, todo lo que hace dar ganas de vivir. “Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honorable, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en eso pensad... Y el Dios de paz estará en vuestros corazones” (Filip 4:8-9).

En el último capítulo del *Camino a Cristo*, E. de White declara que la persona desalentada se llena de tinieblas, desecha de su alma la luz divina y proyecta sombra en el camino de los demás. Tengamos por regla el no proferir una sola palabra de duda o desaliento. Podemos hacer mucho más para alumbrar el camino de los demás y sostener sus esfuerzos si hablamos palabras de esperanza y buen ánimo.

¿Qué hacer con maridos o mujeres que dicen que no pueden amar a su cónyuge?

“Si recordamos siempre las acciones egoístas e injustas de otros, encontraremos que es imposible amarlos como Cristo nos amó; pero si nuestros pensamientos se espacian de continuo en el maravilloso amor y compasión de Cristo hacia nosotros, manifestaremos el mismo espíritu para con los demás. Debemos amarnos y respetarnos mutuamente, no obstante las faltas e imperfecciones que no podemos menos que observar. Debemos cultivar la humildad y la desconfianza para con nosotros mismos, y una paciencia llena de ternura hacia las faltas ajenas.

“¿Cómo se sentiría una madre cuyos hijos se quejaran constantemente de ella, como si no tuviera buenas intenciones para con ellos, mientras que en realidad durante su vida entera ella se ha esforzado por fomentar los intereses de ellos y proporcionarles comodidades? Supongamos que dudaran de su amor; esto quebrantaría su corazón. ¿Cómo se sentiría un padre si sus hijos lo trataran así? ¿Y cómo puede mirarnos nuestro Padre celestial cuando desconfiamos de su amor, que le indujo a dar a su Hijo unigénito para que tengamos vida?... Y sin embargo, cuántos están diciendo con sus hechos, si no con sus palabras: ‘El Señor no dijo esto para mí. Tal vez ame a otros, pero a mí no me ama’.

“Todo esto está perjudicando nuestra propia alma, pues cada palabra de duda que expresemos da lugar a las tentaciones de Satanás... Si elegimos abrir la puerta a sus insinuaciones, la mente se llenará de desconfianza y de rebeldes cavilaciones... ¡Cuánto importa que expresemos tan sólo cosas que den fuerza espiritual y vida!”

Los matrimonios vigorosos y llenos de vida, así como sus familias, se caracterizarán por el cultivo de un espíritu que se asemeja al del cielo. Eso requiere esfuerzo. Se requiere tanto del hombre como de la mujer que se nieguen a mirar el lado oscuro de la relación matrimonial, y a desarrollar, en cambio, un espíritu alegre que atraiga a los ángeles de Dios. Esto resolverá de por sí un sinnúmero de presuntas incompatibilidades entre ambos. Los hijos crecerán robustos física, mental y espiritualmente. Y todos contribuirán al constante flujo de amor que abrazará a todos en el hogar.

“¡Regocijaos en el Señor siempre! Repito: ¡Regocijaos! ... Por nada estéis afanosos, sino presentad vuestros pedidos a Dios en oración, ruego y acción de gracias. Y la paz de Dios, que supera todo entendimiento, guardará vuestro corazón y vuestros pensamientos en Cristo Jesús” (Filip 4:4-7).

Estadísticas de Cristianity Today

Apreciado Alberto:

Animado por los comentarios que has venido enviando al CP sobre tu experiencia como esposo y pastor que aconseja a parejas adventistas con problemas, voy a compartir los resultados de una encuesta nacional, cuyo contenido puede interesar bastante a los miembros del Círculo Pastoral porque se relaciona con el mismo tema.

La conocida revista evangélica *Christianity Today* ha publicado, con fecha Octubre 2006, un número de lujo con el que celebran su 50º aniversario de existencia. Entre sus artículos, hay uno titulado What Married Women Want (¿Qué es lo que quieren las damas casadas?), que consiste de una entrevista con el sociólogo Brad Wilcox de la University of Virginia. Se lo encuentra en las páginas 122 a 125.

Wilcox, con otro sociólogo de la misma institución, Steven L. Nock, han publicado un estudio basado en los resultados de una encuesta nacional sobre familias y hogares. (Para los que quieren indagar un poco más sobre el tema, incluyendo a mi amigo Mario Pereyra, doy el título en inglés de su estudio: *What’s Love Got to Do with It? Equality, Commitment, and Women’s Marital Quality* que puede adquirirse en formato digital de Amazon.com.) Wilcox publicó en 2004 un libro sobre un tema semejante, *Soft Patriarchs, New Men: How Christianity Shapes Fathers and Husbands* (University of Chicago Press), cuyo título es significativo: Patriarcas Tiernos, Hombres Nuevos: Cómo el Cristianismo Moldea a a Padres y Esposos.

Resumo y traduzco los puntos principales de este estudio, basado en Estados Unidos, que intentó identificar los factores que hacen que una esposa se sienta feliz en su matrimonio:

1. Aproximadamente un tercio de los divorcios son iniciados por la esposa de la pareja. Uno de los factores principales que citan como factor es el tipo de relación emocional con su marido. Si la relación emocional es positiva, obviamente, no piensan en el divorcio.

2. Los esposos que asisten regularmente a la iglesia y han asumido un compromiso como esposos-líderes en el hogar tienen esposas felices.

3. Las esposas que son cristianas evangélicas son más felices en su matrimonio que todas las demás en Estados Unodos. Las parejas constitutitas por cristianos evangélicos, protestantes y católicos que asisten regularmente a la iglesia corren un riesgo mucho menor de divorcio. Ese riesgo menor alcanza al 35 al 50 por ciento.

4. El predictor más significativo de la felicidad de una esposa es estar casada con un marido que es afectuoso, que está en una relación emocional de empatía con ella. Este factor es más importante que otros que las encuestas tienden a enfatizar, como si el marido comparte por partes iguales las tareas hogareñas con su esposa (limpiar la casa, lavar los platos,.etc.).

5. Las esposas que tienen una concepción tradicional del hogar y el papel que les corresponde al esposo y la esposa son más felices que las otras mujeres casadas. Vale decir, consideran que los esposos deben desempeñar un papel de liderazgo en la familia mientras las esposas son las responsables que nutrir la vida de los miembros de la familia. En Estados Unidos, aproximadamente un 35 por ciento de las esposas ven el hogar desde esa perspectiva.

6. Las esposas que conciben de manera tradicional la relación matrimonial esperan que el esposo sea el que aporte con su trabajo una cantidad mayor de fondos que la esposa al presupuesto familiar. Cuando el marido aporta aproximadamente el 66 por ciento del presupuesto es más probable que ella exprese sentirse feliz en la relación matrimonial y que pase más tiempo con el esposo. El autor del estudio explica esto de la siguiente manera: Cuando el esposo provee apoyo emocional y financiero al hogar, la esposa está libre para tomar decisiones relativas a su papel como esposa y madre. Esto permite que ellas decidan si van a trabajar fuera del hogar y cuánto tiempo le dedicarán a esa labor. Vale decir, estarán en condiciones de quedarse en casa criando a los hijos pequeños, si así lo desean, de tener un trabajo de tiempo parcial fuera del hogar cuando crezcan o dedicarse a otra tarea que les parece importante aunque no sea remunerada.

7. Las esposas cuyos maridos asisten regularmente a la iglesia son más felices que las otras porque sus cónyuges tienen ideas tradicionales con respecto al matrimonio; por ejemplo, que el divorcio debe ser la última opción en un matrimonio, que los hijos deben criarse en un hogar con padres casados y que busquen que las labores del hogar se compartan de una manera equitativa. Para ellas la equidad en esto último es más importante que la igualdad.

8. El autor del estudio considera que hay tres modelos de organización familiar en los Estados Unidos: (a) Las constituidas por una madre o un padre solos, (b) las que procuran una igualdad total entre marido y mujer, y (c) las que él denomina neo-tradicionales. Las considera neo (nueva o progresista) porque en esos hogares el esposo está consciente de que debe invertir más tiempo y dedicar más atención a las necesidades emocionales de su esposa y de sus hijos. Es tradicional en el sentido de que los esposos consideran de que el hombre y la mujer tienen roles diferentes y complementarios en el hogar. Las esposas que experimentan este tipo de hogar (neo-tradicional) son considerablemente más felices que las que han adoptado los otros dos modelos.

He pensado compartir los resultados de este estudio por dos razones: Porque el enemigo busca hacer infelices los hogares de obreros adventistas para destruirlos. Además, porque sé que hay varias esposas de obreros conectados al CP y tal vez quieran opinar sobre si las conclusiones a las que ha llegado este investigador se aplican también al hogar adventista hispano.

El año próximo Julieta y yo cumpliremos 50 años de casados y estos meses han sido ricos en reflexi\on sobre nuestro medio siglo de matrimonio, hito que no nos habríamos imaginado celebrar cuando nos casamos.

Reciban un saludo fraternal, en Cristo.

Humberto M. Rasi, Ph.D.
Special Projects, General Conference Department of Education
Email: h.rasi@adelphia.net Phone: 909-799-1469 Fax: 909-799-6209
College and University Dialogue - http://dialogue.adventist.org
Foundation for Adventist Education - http://fae.adventist.org
Institute for Christian Teaching - http://ict.adventist.org
Rasi Artist Showcase International - www.rasiarts.com

Ilustración para casamiento
LA LEYENDA DEL CHAJÁ

El Chajá es un ave zancuda de nuestro país [Argentina]. Su cuerpo de regular tamaño, está recubierto por plumas de color gris plomizo. En su cuello una línea de plumas negras forma un collar, y dos manchas blancas se destacan en el dorso. Sus alas están provistas de espolones, y luce un copete en la nuca. Habita en lugares húmedos, pantanosos o en las orillas de ríos o arroyos. Entra al agua, pero no sabe nadar.

Sólo se los caza vivos y en pareja, pues si así no se hiciera, el animalito moriría al ser separado de su compañero.

Es tal el cariño que se profesan entre sí los que forman cada pareja, que si uno se enferma, el otro no se aparta de su lado y trata de auxiliarlo en todo momento con mucho cariño. Si llega a morir, no es extraño que al poco tiempo muera el otro también.

Construyen el nido ayudándose los dos, y cuando llega el momento de empollar, lo hacen también los dos alternativamente. Una vez nacidos los polluelos, ambos se encargan de ellos: la hembra los cuida y el macho les proporciona alimento y los defiende.

Es un ave vigilante, y a la menor señal de peligro, levanta el vuelo y grita: Chajá! o Yahá. De este grito se ha tomado el nombre con que la distinguimos.

Vuela a gran altura describiendo círculos y puede mantenerse mucho tiempo en el aire. **Persigue a las aves de rapiña, siendo por ello una excelente guardiana de gallineros y rebaños, reemplazando muchas veces al perro.**

Se domestica con facilidad, llegando a reconocer a su amo y a las personas de la casa.

El hombre no la persigue para comer, pues su carne no es comestible. Al cocinarla se transforma, en su mayor parte, en espuma.

De aquí el dicho Pura espuma como el chajá.